

ISSN 0120-0216



aleph



octubre/diciembre 2009, año XLIII

No. 151



ISSN 0120-0216
Resolución No. 00781 Mingobierno



Ilustraciones de carátula e interiores:
Euclides Valencia M.

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo
Valentina Marulanda
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Jorge-Eduardo Hurtado G.
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel-Fax: +57.6.8864085
<http://www.revistaaleph.com.co>
E-mail: aleph@une.net.co
Carrera 17 N° 71-87
Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación: Andrea Betancourt G.
Impresa en Editorial Andina

octubre/diciembre 2009

aleph

Año XLIII

Monólogo de José Asunción Silva

A Ricardo Cano Gaviria

La ciudad que me rodea
Y se duplica en los charcos de la lluvia
Tiene un ropaje de sombras.
El viento que viene del pájaro de Coez Verde
Con su negro levitón nocturno
Masgüña los vitrales de la casa,
Se cueba en los campanarios,
Golpea
Los aldabones de tronco de La Candelaria.

Ese viento, mi alma es ese viento.

Entre cercanos silencios
Resuenan las guerras del país
Mientras tintinea el quinqué
Con el que alumbró mis compuestos libros
De comercio.

Ese viento, mi alma es ese viento.

Los cornillos de seres embocados
Murmuran a mi paso. Figuras fijas al paisaje,
Estatuas de nieve a la entrada de una iglesia,
Maniqués
Apenas movidos por el frío cuchillo del pájaro.

Ese viento, mi alma es ese viento.

¿Quién dibuja en mi blusa el mapa del corazón?



¿Quién haga un canto a la vida de un pichón?
La mano que abraza al pichón;
Su voz ya pichónica
A las construcciones sencillas del viento.
Ese viento, mi alma es ese viento.

En el día de su vida su piel de salmón,
pinta una luz en los contornos de la plaza
A una hora en que la ciudad parece viva.
Hablo de su libertad, de su palabra pichónica
Mientras sonrío al gesto de un hombre
Que mira de la vida si la vida es sencilla,
Carga la eternidad, el viento cobrizo
de estrofas, por los pichones hoy pichónica en pago
y el hombre no termina el poema
Que parece ser libre a la luz de capa
Todas parecen tocadas de amor,
Hacen mirar su libertad al pichón invisible
Que les señala un canto intinto
de nuevo, al viento.

Ese viento, mi alma es ese viento
Un disparo más del viento,
Un disparo más en las eternas pichónicas
Del viento.
La vida, esa pichónica baticónica.

W. J. J. J.

W. J. J. J.

Política y Cultura durante la República Liberal

Rubén Sierra-Mejía

Presagios de muerte de la civilización europea

Prácticamente los cuatro periodos presidenciales de la llamada República Liberal (1930-1946) transcurrieron en momentos en que gobiernos totalitarios orientaban los destinos de países europeos de indiscutible importancia económica y cultural para Colombia, y en los que se produjeron los dos conflictos armados, la Guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial, de mayores impactos entre nosotros¹. Ya en 1929, Armando Solano anunciaba “tiempos [...] cargados de peligros”, en los que a la nueva generación —la conocida en la literatura colombiana como la de los “Nuevos”—, le tocaría “el trágico papel de asistir a los funerales de una civilización que, como todas, se creía eterna”². Y en vísperas de que los aliados declararan la guerra a Alemania, Alberto Lleras escribió, en uno de los primeros editoriales de *El Libe-*

Publicado originalmente en: “República Liberal: Sociedad y Cultura”. Varios autores; Rubén Sierra-Mejía, editor. Ed. Universidad Nacional de Colombia, facultad de Ciencias Humanas, Bogotá 2009; pp. 355-389. ISBN: 978-958-719-237-7. Se reproduce con explícita autorización del autor y de los editores.

¹ Para el seguimiento que se le hizo en Colombia a la Guerra civil española, véase David Bushnell: “La Guerra Civil Española, 1936-1939: perspectivas colombianas”, D. Bushnell: *Ensayos de historia política de Colombia, siglos XIX y XX*. La Curreta Editores. Medellín, 2006, pág. 147 ss.

² Cf. A. Solano, “El deber de la nueva generación colombiana”, *La melancolía de la raza indígena*, Bogotá, 1929, p. 64.

ral, que “la guerra será, al fin, inevitable”³. Desde años atrás, antes del ascenso al poder del liberalismo, el panorama europeo no podía ser más disolvente para una cultura que se acoplará a los ideales de democracia, de libertad, de controversia de las ideas, de crítica de las tradiciones, y de comunicación con otros pueblos y otras maneras de organización social⁴. Años poco propicios, por lo mismo, para unas relaciones diplomáticas, culturales y comerciales con los países del viejo continente.

El malestar que produjo en Colombia la situación europea quedó nitidamente enunciado en la exposición de motivos que justifica la creación del Ateneo de Altos Estudios, fundado en 1940. Fue un malestar expresado a menudo por el grupo de intelectuales que, durante los años en que el liberalismo estuvo en el poder, asumió la tarea de impulsar los programas culturales del Estado colombiano: era el efecto de la percepción que produjo en ellos el desmoronamiento del orden democrático en el viejo continente, con las consecuencias negativas para nuestra tradición cultural, arraigada en la mediterránea, que fue su origen y de cuya evolución se benefició asimilando permanentemente sus nuevos aportes. La “exposición de motivos” a que me refiero, es un texto que rezuma pesimismo por el porvenir de los valores y las realizaciones del pensamiento europeo: se tenía la sensación de que filosofía, ciencia, conceptos del hombre y de la libertad, doctrinas jurídicas, derechos humanos, etc. habían perdido su vigencia debido a falta de principios claros que sirvieran para la orientación de todo aquello que se conoce como cultura democrática moderna.

La biografía de la cultura europeo-mediterránea —dice el documento en su aparte esencial— se halla en trance de registrar la total liquidación de una civilización, a causa del desorden espiritual que señorea todos los territorios de la inteligencia occidental. El orden europeo está a punto de sucumbir por la confusión de los principios, por la anarquía de los procedimientos y por la inercia de las instituciones encargadas de la defensa y conservación de los más preciados tesoros de la cultura

³ A. Lleras, *Obras selectas*, Tomo II. Biblioteca de la Presidencia de la República, 1987, pág. 247. En lo sucesivo cito esta obra indicando en números romanos el tomo correspondiente y en arábigos el número de página.

⁴ Max Scheler, por ejemplo, en 1925, se refería en términos pesimistas a la situación de la cultura europea: “... un verdadero terror se apodera de mí ante el creciente abandono de las libertades y la pérdida de sensibilidad, crepúsculo gris e informe en que, no sólo éste o aquel país, sino casi todo el mundo civilizado, se halla en grave peligro de hundirse, de ahogarse lentamente, casi sin darse cuenta”. “El saber y la cultura” (1925), *Metafísica de la libertad*, Editorial Nóna, Buenos Aires, 1960, pág. 134.

cristiana. Las conquistas de la ciencia, las adquisiciones de la filosofía, los principios religiosos y el alma misma de la democracia, han sido heridos de muerte, y la raíz de esta tragedia del espíritu impotente hay que buscarla en la crisis de los hombres y de las instituciones que, al presentir el huracán devastador, huyeron, dejando inermes y desmanteladas las fuertes alcazabas de la inteligencia⁵.

Debido sin duda a la crueldad con que se combatieron los ejércitos, a las consecuencias de la guerra en la vida colombiana y a la complejidad de las relaciones internacionales, el gobierno y la prensa del país mantuvieron una mirada atenta sobre lo que sucedía en el continente europeo. Algunos periodistas, como Enrique Santos ("Calibán"), ofrecían casi a diario las noticias recientes sobre las acciones militares y las políticas llevadas a cabo por los países protagonistas de la tragedia. No ocultó su alborozo cuando en julio de 1932 se firmó el acuerdo de Lausana, que dio término a las reparaciones que, en el tratado de Versalles, se le impusieron a Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial, y se atrevió a preconizar el fin de las guerras mundiales⁶. Pero dos meses después, el 12 de septiembre, conocidos ya los propósitos de Hitler y ante los preparativos armamentistas de Alemania, se vio obligado a abandonar su optimismo y anunciar a sus lectores que "los jinetes del Apocalipsis galopan otra vez sobre la tierra". Vaticinaba, finalmente, una guerra que sería "la ruina completa de [la] civilización"⁷. Y Alberto Lleras, por su parte, desde los editoriales de *El Liberal*, entregaba con regularidad sus análisis sobre los acontecimientos que antecedieron al estallido de la guerra, y luego sobre el desenvolvimiento de ésta, pensando siempre en sus repercusiones en América y en la necesidad de atender a su seguridad. Desde que se conocieron las intenciones expansionistas de Hitler, expresó sin ambages el

⁵ *La obra educativa del gobierno: La extensión cultural en Colombia*, III, 1940, p. 199.

⁶ Enrique Santos, "Calibán", asumió la tarea de informar y comentar, paso a paso, el desenvolvimiento de la Segunda Guerra Mundial, desde sus orígenes hasta sus consecuencias. Sesenta años después, la lectura de su columna en *El Tiempo*, "La danza de las horas", nos orienta acerca de la percepción que se tuvo en Colombia de los acontecimientos de esos años, que es lo que verdaderamente me interesa en este ensayo: la percepción del liberalismo, golpeado hasta la médula por la catástrofe puramente humana y sobre todo por el peligro en que se hallaba la cultura europea, que podía dar al traste con la democracia y las libertades que ésta ha defendido desde sus inicios. También informa acerca de la euforia que producía en las derechas colombianas cada conquista de los ejércitos alemanes. Sus artículos y notas al respecto fueron reunidos en: E. Santos, "Calibán", *Segunda guerra mundial. Antecedentes, conflagración, consecuencias*. Intermedio Editores. Bogotá, 1988, p. 3.

⁷ *Ibid.*, p. 4.

deseo de que Estados Unidos abandonara su postura neutral, y concentró todas sus facultades intelectuales y sus amplios conocimientos sobre política internacional a impulsar desde la prensa acuerdos que garantizaran la supervivencia de la democracia de los países de América.

El impacto de la guerra europea tocó en nuestro país los sectores más sensibles de la actividad nacional. El período presidencial de Eduardo Santos transcurrió, como él mismo lo afirma en su *Mensaje al Congreso* del 20 de julio de 1942, “casi íntegramente entre las inquietudes y calamidades de una guerra sin precedentes en la historia”. Para el momento en que entregaba el mando a su sucesor, la guerra cumplía tres años de acciones desoladoras, pero —observaba el Presidente— ya desde principios de 1938 “obsesionaba a todos los espíritus como inminente e ineludible catástrofe”. Y evocaba luego cómo, al año justo de tomar posesión de la Presidencia, se desencadenó, en septiembre de 1939, “la temida y prevista tempestad, que poco a poco ha ido alcanzando todos los continentes y todos los pueblos”⁸. El presidente Santos, en su Mensaje, centró la atención en los trastornos que la guerra generó a la economía colombiana y afirmó, acerca del problema, que “el comercio internacional no sólo está profundamente perturbado sino aun amenazado casi de una suspensión”⁹. Recordemos que entre los productos sometidos al bloqueo impuesto por Inglaterra se encontraban el café y el banano, los dos artículos que mayores divisas le rendían a Colombia en su comercio con Europa, y que el mayor volumen de exportaciones tenía a Alemania como destino. “Con el correr de los meses íbamos a ver cerrarse uno tras otro los mercados del continente”, afirma Carlos Lleras Restrepo, Ministro de Hacienda de la Administración Santos¹⁰. Por su parte, Enrique Santos, en su columna de *El Tiempo*, “Danza de las horas”, del 3 de septiembre de 1941, se refiere a los efectos que produjeron las restricciones en las exportaciones: escasez de materia prima para la industria, en particular para la industria de la construcción¹¹. Y meses más tarde, a mediados de 1942, sus

⁸ Eduardo Santos, “Mensaje al finalizar su administración”, en P. Mendoza Neira y A. Camacho Angarita, *El Liberalismo en el gobierno*. Tomo I. Editorial Antena. Bogotá, 1956, pág. 173.

⁹ Eduardo Santos, op. cit., p. 185.

¹⁰ C. Lleras Restrepo, *Crónica de mi propia vida*, Tomo II. Stamat Editores, Bogotá, 1983, p. 291. También el presidente López se refirió en varias ocasiones al problema: “Mensaje al Congreso Nacional en sus sesiones extraordinarias de 1945”, p. 611, y “Alocución a la terminación de la Segunda Guerra Mundial”, en A. López Pumarejo, *Obras selectas*, Segunda parte, Cámara de Representantes. Bogotá, 1980, págs. 611 y 620, respectivamente.

¹¹ Enrique Santos, op. cit., p. 170.

cálculos sobre las consecuencias de la guerra, en caso de que ésta se prolongara por dos años más, fueron extremadamente pesimistas:

En dos años más, en Colombia se habrían cerrado las dos terceras partes de las industrias. El servicio de transportes por carreteras, habría desaparecido, y el de los ferrocarriles, por la escasez de material rodante, apenas satisfaría las necesidades locales. El gobierno tendría que atender a la subsistencia de centenares de miles de desocupados, y su misión debería limitarse a aumentar los cultivos agrícolas para que por lo menos, nos libráramos de las calamidades del hambre¹².

Considero suficientes, para mis propósitos, las líneas precedentes acerca de la percepción inmediata del gobierno y la opinión pública sobre las consecuencias de la guerra en la economía del país. Otro aspecto sobre el que debo llamar la atención es el de los efectos que tuvo en la política colombiana el manejo del estado que se estaba imponiendo en Europa, el cual repercutió con propuestas que buscaban trasladar al país las orientaciones de los gobiernos fascistas, lo que impondría un nuevo tratamiento de las cuestiones educativas y culturales que se acoplara al carácter del totalitarismo entonces dominante. *El Siglo*, el periódico de Laureano Gómez, y *La Patria*, de Manizales, son dos valiosas fuentes de información para conocer el pensamiento de quienes aspiraban a imponer entre nosotros un régimen similar a los que estaban vigentes en el viejo continente. El intelectual liberal, por el contrario, sobre todo aquel que tuvo participación en la vida pública, ya fuese como periodista o como funcionario del Estado, mostró su compromiso irrenunciable con la democracia moderna y su distanciamiento, por consiguiente, de la orientación que se expandía por los países europeos: sentía que la cultura mediterránea, con sus bienes científicos y artísticos, se desmoronaba, y que había que responder con programas estatales para asegurar su supervivencia en el continente americano. Sobre todo, para el intelectual liberal, estaban amenazadas las libertades individuales, la libertad de palabra, la libre manifestación de la cultura, el respeto al derecho internacional, etc., en síntesis, las bases mismas de la democracia liberal.

Un documento ilustrativo de la manera de pensar del liberal colombiano frente a la situación europea lo ofrece la Cámara de Representantes, en su

¹² Enrique Santos, *Ibid.*, p. 216.

respuesta a un mensaje del Presidente Eduardo Santos, en el que se manifiestan los temores que abrumaban al cuerpo legislativo en relación con el porvenir de la cultura euroamericana:

No es posible presumir siquiera cuáles han de ser las consecuencias de la horripilante hecatombe en que hoy se ven envueltas las naciones más poderosas de la tierra. Al vaticinarlas, pueden fallar aún las más atrevidas hipérbolas. Todos los instrumentos de destrucción imaginados por la inteligencia creadora del hombre se suman ahora para aniquilar los propios monumentos del arte y de la ciencia que atestiguan su grandeza. Y como es posible que otros continentes y otras razas se vean comprometidos en la conflagración europea, para entonces sólo el culto del derecho, la unión sagrada de todos los pueblos de América, podrá garantizar nuestra permanencia histórica y el cumplimiento del destino ambicioso que nos legaron las naciones libertadoras¹³.

La misma incertidumbre y los temores que los parlamentarios manifiestan en esta respuesta podemos encontrarlos en periodistas y escritores de aquellos años, quienes expresaron el sentimiento de solidaridad a una cultura que, como la francesa, era apreciada en Colombia por su decisiva contribución a la cultura occidental y en especial por sus aportes a la nuestra. Fue este sentimiento el que en vísperas de la derrota de Francia y la ocupación de París por el ejército alemán, movió a Alberto Lleras a escribir, en *El Liberal*, el 22 de mayo de 1940, un editorial sobre lo que ha significado la cultura francesa en la formación del espíritu moderno. Copio un fragmento del editorial de Lleras:

No hay uno solo de los habitantes de la tierra que no haya encontrado en la ciencia, en la política, en la filosofía, en la literatura de Francia, un pedazo de su personalidad o toda entera, cuando ama, cuando sufre, cuando odia, cuando cede, cuando mata, cuando tiembla infantilmente ante la belleza de las cosas, cuando reacciona ante los otros hombres, ante los paisajes, ante las ideas, ante lo vivo y lo inerte. Francia no ha ofrecido sistemas a la humanidad, ni reglas fijas, ni organizaciones cósmicas, ni explicaciones totalitarias de la vida. Pero su cultura es la historia natural de la especie, examinada con todos los criterios, y si se

¹³ Mensaje de respuesta de la Cámara de Representantes al presidente Santos, 4 de septiembre de 1939. Cit. por C. Lleras Restrepo, op. cit., II, 255.

borrara súbitamente de la memoria humana comenzaría otra vez el hombre a vacilar como un ciego, ante todas las cosas, para reconstruir laboriosamente esa vastísima experiencia. Y cuando imaginamos esa conciencia del mundo obstruida, canalizada, cerrada, tapada a bofetones, militarizada, mintiendo o encubriendo la verdad que ha fluido eternamente desde París hasta los más remotos rincones del universo, comprendemos que se acerca un minuto irreparable en la historia. Si Hitler, si el nazismo no fueran sino la horda brutal y ciega, la marcha de un pueblo nómada y hambriento contra una agrupación rica y lánguida, como las tropas de Atila, no temeríamos tanto. Porque destruida Francia, aniquilada, saqueada, arrasadas sus catedrales, rota y esclavizada momentáneamente su vida física, quedaría soplando sobre la tierra su espíritu inaccesible. Pero el triunfo alemán será la conquista de una cultura preciosa para una civilización nueva, ciega, aplastante y destructora de sus antagónicas. Es un metódico regreso a formas de vida abolidas, por crueles, por innecesarias, por absolutas¹⁴.

No es necesario multiplicar las citas al respecto, pues éstas sólo servirían para añadir datos que ratifican la manera de pensar de los liberales, no para aportar nuevos elementos de análisis. Hablo sólo de los liberales, pues fueron estos quienes, durante esos años de desconcierto, tuvieron la responsabilidad de conducir al país dentro de un clima democrático. En el conservatismo, un amplio sector, en cambio, no dudaba que Alemania, con sus aliados, ganaría la guerra, y que se tendría un nuevo orden mundial, en el que la democracia liberal, con sus tres poderes nítidamente independientes y un parlamento de origen popular, sería excluida de toda posibilidad de manejo del Estado.

Me voy a detener un poco en esta orientación conservadora, que promovió la tesis de que la democracia liberal era un régimen de gobierno que había

¹⁴ A. Lleras, II, 445-446. Cf. esta opinión con la de B. Sanín Cano: "Herencias culturales", *El Tiempo*, oct. 31, 1938. Los editoriales de Sanín Cano los citaré en lo sucesivo de acuerdo con la edición de Otto Morales Benítez: B. Sanín Cano, *Ideología y cultura*. Universidad Externado de Colombia. Bogotá, 1998, pág. 126. Como expresión de ese mismo sentimiento, cuando se conoció la ocupación de París por el ejército nazi, un grupo de colombianos, liberales y conservadores, firmaron un manifiesto redactado por Esteban Jaramillo, de filiación conservadora, manifiesto en el que expresaban su solidaridad con el pueblo francés. Cf. C. Lleras Restrepo, *Crónica de mi propia vida*, Tomo III, pág. 53. El propio Lleras Restrepo consideró oportuno recordar que Laureano Gómez se negó a firmar el manifiesto. Es también el sentimiento que inspira a José Umaña Bernal el conocido poema *Cuando yo digo Francia*, publicado en 1942.

demostrado su incapacidad para imponer el orden y el progreso de nuestras sociedades. Un libro como el de Silvio Villegas, *No hay enemigos a la derecha*, obedece a esta concepción, así como varios ensayos de Gilberto Alzate Avendaño, opinión ésta que podemos encontrar también en muchos artículos de la prensa conservadora de la época. Es la misma actitud de Laureano Gómez, no obstante el rechazo de éste a los dictadores europeos expresado en *Cuadrilátero*. Los idearios de Mussolini, Hitler y Franco llegaron a ser los modelos ideológicos de aquella orientación. En las obras de los dos primeros escritores no son escasos los elogios a los gobiernos fascistas, a los que proponen como paradigmas para la restauración de la autoridad política¹⁵. Hay que anotar sin embargo que este fascismo colombiano en germen buscó sustentarse en el pensamiento tardío de Simón Bolívar acerca de la organización del Estado y de un gobierno autoritario y paternalista. Los dos ideólogos conservadores citados, Villegas y Alzate Avendaño, en ocasiones se refirieron al Libertador en apoyo a sus propias ideas, como aquellas que más convenían a nuestra tradición e idiosincrasia: "...el retorno a los ideales bolivarianos, la necesidad de reconstruir el orden y la autoridad en un país amenazado por el caos", es el ideal de las derechas colombianas, según Villegas¹⁶. Y Alzate Avendaño consideraba que el fascismo colombiano no tenía que beber su ideario en los textos de Mussolini, pues se lo podía hacer en los escritos de Bolívar¹⁷.

¹⁵ "Con Hitler, Alemania ha recobrado su grandeza imperial. Su obra es más audaz, vasta y sólida que la de Bismarck. Ningún estadista europeo, si se excluye tan sólo a Mussolini, puede presentar un balance comparable al suyo. Si la democracia es el gobierno del pueblo, el tercer Reich es el estado más democrático del mundo; en las últimas votaciones alcanzó Hitler cuarenta y cuatro millones de votos, es decir, el noventa y nueve por ciento de la población alemana..." Silvio Villegas, *No hay enemigos a la derecha*. Editorial Zapata. Manizales, 1937, pág. 108. Y G. Alzate Avendaño, por su parte, afirmaba: "Si la democracia consiste en el ejercicio del poder con asentimiento de las masas, ningún Estado más democrático que Italia, Alemania y Portugal, donde el gobierno está respaldado en la unanimidad nacional y no en precarias mayorías". "El redescubrimiento del Libertador", en G. Alzate Avendaño, *Obras Selectas*. Cámara de Representantes. Bogotá, 1979, pág. 12.

¹⁶ S. Villegas, op. cit., p. 111.

¹⁷ Cfr. G. Alzate Avendaño, op. cit., pág. 7. Allí dice: "Las promociones colombianas, que se han desarticulado de la vieja política, no necesitan buscar en el fascismo europeo las tesis cardinales de su movimiento, pues el ideario bolivariano suministra equivalentes autóctonos, desde la misión imperial de la patria hasta la lucha contra los partidos y el principio del caudillo responsable". Hay que advertir que el propósito de Villegas y Alzate Avendaño de recurrir al pensamiento de Bolívar para sustentar sus ideas políticas, tiene su origen en el fascismo italiano; incluido el propio Mussolini, que reconoció en el Libertador una de las fuentes de esta ideología. A propósito, cfr. Alberto Filippi, "Las interpretaciones europeas ('cesaristas' y 'fascistas' de Bolívar)", en A. Filippi: *Instituciones e ideologías en la Independencia Hispanoamericana*. Alianza Estudio, Buenos Aires, 1988.

Este “redescubrimiento” de Bolívar no era una actitud personal de los citados políticos llamados “nacionalistas”, sino una decisión del Partido Conservador, autoproclamado “derechista” en la convención del 31 de enero de 1937, sin la aquiescencia, desde luego, de toda la colectividad. Prueba de aquello es el hecho de que en la Convención del partido que se reunió el 24 de julio del mismo año, los delegados, de acuerdo con el rito adoptado en los estatutos, cuando se los llamaba a lista, se ponían de pie, levantaban el brazo a la manera del saludo fascista, y exclamaban “por Dios y por Bolívar”¹⁸.

El movimiento conservador que nos ocupa buscaba redefinir el concepto de democracia, de manera que ésta no se viera comprometida con sus orígenes roussonianos o liberales, la que para ellos era simplemente democratismo. La democracia en sentido liberal era una forma de gobierno que había perdido ya su razón de ser, que debía ser sustituida por otra que se acoplara a la de un gobierno paternalista, en la que el parlamento estuviese sometido a la orientación que le diera el poder ejecutivo y en especial a relativizar al máximo su origen popular. Las intenciones totalitarias del movimiento eran evidentes como se colige del editorial de *La Patria*, “Del idilio a la epopeya”, una especie de manifiesto político, sin duda de Silvio Villegas, en el que se declara el rechazo de la democracia liberal, se propone el carácter corporativista de su concepción del Estado, y se afirma el propósito totalitario “de disolver los partidos políticos”, en caso de que el movimiento nacionalista conquistara el poder¹⁹.

Aunque Laureano Gómez no participaba totalmente del ideario de Villegas y Alzate, coincidía con ellos en su antipatía por la democracia liberal. Las críticas que dirigía a ésta las hacía en defensa de una democracia que no se comprometiera con un origen fundado en mayorías electorales, por una parte, y por otra que se inspirara en encíclicas en las que es manifiesto “el celo de dar a las clases trabajadoras, más que nunca oprimidas en el mundo moderno, condiciones de vida razonables y humanas, exigidas no sólo por la caridad sino también por la justicia”²⁰. En cambio la democracia liberal, o democracia en el sentido de Rousseau,

¹⁸ Cf. Álvaro Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-38*. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1981, pág. 337.

¹⁹ *La Patria*, 2 de abril de 1938.

²⁰ L. Gómez, “La posición conservadora”, en L. Gómez: *Obras selectas* (Primera parte). Cámara de Representantes, Bogotá, 1981, p. 821.

quiere hacer de esta palabra un mito religioso, una especie de divinidad laica para sustituir con ella la creencia en Dios y en el mundo sobrenatural, y para detener en la sola espera de lo material y visible todas las obligaciones y relaciones espirituales del hombre. La democracia así entendida se confunde según este filósofo con el dogma del pueblo soberano, es decir, el detentador único y perpetuo de la soberanía. Y este dogma, unido al de la Voluntad General, expresado en cada caso por la mitad más uno, viene a constituir en su límite el panteísmo político, porque es la adoración y el sometimiento a la multitud-dios²¹.

Con ocasión de la Conferencia Panamericana, celebrada en la Habana en julio de 1940, conferencia que trató entre otros asuntos el de la salvaguardia continental ante el avance alemán, y que aprobó, en consecuencia, con la sola salvedad de Argentina, una proposición que buscaba evitar que las colonias británicas y francesas del Caribe pudieran caer bajo el dominio nazi, Laureano Gómez le hizo un debate en el Congreso al canciller Luis López de Mesa, quien presidió la delegación colombiana a la Conferencia. Con sus habituales maneras de esquivar el tema central, en este caso el de la democracia y la libertad, para tratar en su lugar el de su propio interés, sitúa el problema en un campo irrelevante en el momento, el de la cultura hispánica, con su contenido católico, la que diseminada por un amplio espacio de Europa y América, constituye un dilatado imperio, “el imperio hispano-católico, que bordea el mar Atlántico haciéndolo una especie de ‘mare nostrum’ con elementos todos posibles y susceptibles de una concepción imperial”²². La solidaridad a que estábamos obligados no era, entonces, con la democracia moderna sino con nuestra cultura española, y la alianza —se deja leer entre líneas— debía serlo, no con los Estados Unidos, cuyas relaciones con Hispanoamérica han sido de rapiña de nuestro continente, sino con España, en ese momento, aunque neutral en la guerra que se libraba en Europa, un país afín a la ideología fascista.

Para la época en que quiso cuestionar la política americana de Eduardo Santos y la acción diplomática de López de Mesa en la Conferencia de la Habana, Laureano Gómez había ya renunciado al civilismo que lo diferenciaba del movimiento fascista colombiano (el de “el neonacionalismo de Manizales”,

²¹ L. Gómez, op. cit. p. 821.

²² L. Gómez, “Conflicto de dos culturas”, *Obras selectas*, ed. cit., p. 545.

como lo llamaba con perceptible dejo de ironía Alberto Lleras²³), para proclamar su admiración por Francisco Franco. “Decadencia y grandeza de España” es un discurso suyo, pronunciado en la inauguración del Centro Nacionalista, el día 29 de enero de 1938, es decir, pocos meses después de la Asamblea Derechista, a la que ya hice alusión. Esa España, con tres siglos de decadencia en todos los órdenes, y que —según palabras de Gómez— en los últimos años estaba bajo el dominio comunista, y su cultura amenazada por las “nebulosidades y anfibiologías germanas que traducía copiosamente Ortega y Gasset, como pasto intelectual de las generaciones revolucionarias”²⁴, la grandeza de esa España había resurgido con el caudillo Francisco Franco. Gómez tenía ahora una versión del fascismo que no entraba en pugna con la Iglesia católica y que acataba la autoridad del clero. Podía entonces terminar la conferencia —como en realidad lo hizo— vitoreando a España, la “católica e imperial”.

El intelectual movilizado

La cultura llegó a ser un tema de reflexión en Europa por parte de las más variadas disciplinas en el campo de las ciencias sociales, incluyendo en éstas a la filosofía. La Primera Guerra Mundial y el agitado mundo de la postguerra habían creado la necesidad de pensar sobre lo que es la cultura, lo que ha significado, los peligros que la amenazaban, su supervivencia. En Colombia, sin duda como efecto de la situación política mundial, el problema recibió una atención particular de nuestros escritores: fue el nuestro un pensamiento sobre los orígenes de nuestra cultura, su desarrollo histórico, sus debilidades y su destino. En los años de los que nos ocupamos fue —creo poder hablar en estos términos— un verdadero tópico. Me aventuro a decir que en ninguna época de la historia colombiana se había reflexionado tanto acerca del asunto. La pérdida de un productor de ideas y de bienes culturales que pudiera beneficiar a la cultura local impulsó a nuestros escritores a que se plantearan el problema, en especial de lo que debía ser la cultura latinoamericana y en qué fuentes debían nutrirse para conservar el espíritu liberal que la ha caracterizado a lo largo de su historia. En esos años de crisis, escritores como Baldomero Sanín Cano, Luis López de Mesa, Germán Arciniegas, Jorge Zalamea, Hernando

²³ A. Lleras, II, 307.

²⁴ *Revista colombiana*, N° 105, 1 de febrero de 1938, pág. 260.

Téllez y Darío Achury Valenzuela, entre otros, así como algunos exiliados europeos —Gerhard Masur y José de Benito, por ejemplo— se refirieron al problema en artículos e intervenciones públicas. Un análisis de estos escritos muestra que, no obstante los distintos enfoques y orientaciones, obedecen al mismo propósito de reivindicar la vigencia de la cultura liberal europea, de la democracia como la mejor forma de gobierno hasta ahora conocida y como garantía de las libertades individuales. Pero no son estos los textos que ahora me interesan, centrados en la exposición y crítica de teorías de corte académico, sino aquellos que fueron dirigidos a la opinión pública, que buscaban debatir en la prensa los problemas que se originaban en la situación política contemporánea.

Sanín Cano, en un editorial de 1938, recuerda a los lectores de *El Tiempo* la fuente europea de nuestra cultura, con el predominio de la influencia francesa. Una influencia que está en los orígenes mismos de su vida republicana, que ha penetrado en todos los ámbitos que definen nuestra personalidad histórica, desde los conceptos mismos de nacionalidad y soberanía, las doctrinas jurídicas que se han impuesto en el país, hasta la actividad de sus artistas y sus filósofos. Una herencia que, por lo demás, nunca ha desconocido. Por el contrario, dice Sanín Cano, “los pensadores de este lado del mar se ufanaban de haber seguido las huellas del europeo y fundaban el orgullo de su propia cultura en el esfuerzo que se había hecho por acomodarse a un ambiente distinto y a necesidades varias las nociones heredadas”. Pero, advierte:

Europa ha cambiado de rumbo. Es Europa la que, en diversas formas de pensamiento y de obra, repudia la civilización mediterránea. En América y especialmente en Colombia, seguimos siendo fieles a las nociones de libertad, al concepto de soberanía, a la santidad de los tratados, a la igualdad de los hombres y de los pueblos ante la puridad de la ley en lo privado y en lo internacional. No se reconoce entre nosotros diferencia entre naciones débiles y naciones fuertes, y los tratados son obligatorios, antes de ser revisados, aunque contengan cláusulas desventajosas para nuevos aspectos de nuestra vida nacional²³.

A manera de glosa, debo anotar que la conciencia que se ha tenido en Colombia de la herencia francesa de nuestra cultura fue la razón para que la

²³ “Herencias culturales”, ed. cit., pág. 127.

comunidad intelectual del país sintiera especialmente la carencia del libro francés en el mercado nacional, carencia originada en Francia por las restricciones para su producción y en Colombia por las restricciones al comercio con Europa. Fue también Sanín Cano quien llamó la atención sobre el fenómeno en uno de sus editoriales de *El Tiempo*:

Entre las amargas pruebas y calamidades de la guerra no es la menor para nosotros la escasez de los libros y la consiguiente dificultad de procurárnoslos. La producción en otros países ha disminuido con evidencia. Francia, el país favorecido por la naturaleza para suministrar a los lectores en toda la extensión del planeta la más refinada materia para la satisfacción de sus gustos literarios, apenas produce para unos pocos de sus hijos. Dividida contra sí misma, sojuzgada, incierta de su próximo destino la inteligencia de aquel país, espejo que fue de la cultura universal y educador de las gentes, ya no llena este digno papel en beneficio de la especie humana²⁶.

Movidos por este clima de malestar, la revista *Estampa* y el periódico *El Espectador* realizaron sendas encuestas, con el propósito de evaluar el grado de influencia que sobre los escritores colombianos pudieron haber logrado las ideologías totalitarias expandidas por países europeos, y que habían empezado a hacer eco, como atrás lo observamos, en algunas esferas políticas de Colombia. Alfonso Fuenmayor, autor de la primera encuesta, enuncia los motivos que lo llevaron a formular a un grupo de hombres de letras dos preguntas relacionadas con sus afinidades intelectuales y su preferencia acerca de las formas de gobierno que en ese momento dividían el hemisferio occidental, pues consideraba que la situación presente pedía la actuación de los escritores, no únicamente en el campo específico de la cultura literaria de su especialización, sino

²⁶ B. Sanín Cano, "La escasez del libro", op.cit., pág. 410. No se limitó el ensayista colombiano a señalar sólo los aspectos del problema que tenían que ver con la industria editorial; amplió su observación al campo de la cinematografía: "La guerra va a modificar sensiblemente el mercado de las cintas cinematográficas. Desde luego quedarán excluidas de la concurrencia comercial las alemanas y las rusas por causa del bloqueo que pretenden establecer los beligerantes del occidente. Inglaterra y Francia se ven a ver forzadas a hacer uso de muchos elementos, hoy destinados a la industria del cine en la fabricación de armas y municiones. No se sabe que trastornos pueda traer la guerra a la industria del cine en la república de Roosevelt. De todas maneras, el porvenir es incierto, para esta fase del arte industrial más productivo de los tiempos modernos" ("Cultura de masas: Un arte educativo", ed. cit., pág. 240). Por su parte, Hernando Téllez, ya pasada la guerra y cuando empezaba a regularse el mercado del libro europeo, anotaba que la desaparición del libro francés en América Latina, produjo como fenómeno la aparición de la influencia de la literatura y la cultura americanas, hasta entonces desconocidas entre nosotros. Cfr. H. Téllez, "Acercamiento de dos culturas", *Américas*, Vol. I, N° 8, Nov. 1949.

además en el campo político. No podían, en esos momentos, mantenerse indecisos frente a las dos tendencias, el totalitarismo y la democracia, que se estaban combatiendo, dos tendencias “que miran de manera muy distinta la labor del intelectual: en la una, ésta está desprovista de límites, en la otra, se pone una mordaza”. Un escritor puede ser fascista en una democracia, pero —se pregunta Fuenmayor— “en un estado totalitario, ¿puede ser demócrata un escritor?”²⁷

La segunda encuesta fue elaborada, cuando ya estaba avanzada la guerra, por Eduardo Zalamea Borda, y sus respuestas fueron publicadas entre marzo y abril de 1942. Las palabras con que se la presenta coinciden en lo esencial con el espíritu que movió a Fuenmayor a convocar la encuesta de *Estampa*. Para Zalamea Borda, el escritor y el artista “tienen una posición directiva en la sociedad y, por lo tanto, es muy grande su responsabilidad y mayor la influencia de sus opiniones”. No puede, entonces, en las circunstancias actuales, rehusarse a expresar su pensamiento sobre los problemas contemporáneos. Como en la encuesta de *Estampa*, también en ésta se buscaba identificar la afinidad de los escritores colombianos con “los dos campos ideológicos en que está dividido el mundo” y las razones en que fundamentaban su respuesta; la manera como esos escritores podían prever “los resultados e influencias” que para el arte tendría “la organización mundial” cuando se lograra la paz, y finalmente su opinión sobre lo que debía “ser la organización moral, política y económica de este mundo de postguerra”²⁸.

No fueron muchas las respuestas que recibió el periódico²⁹. Pero las que se publicaron expresan en líneas generales la dirección de pensamiento del escri-

²⁷ “Balance”, en *Estampa*, N° 18, marzo 25 de 1939. Allí mismo expresó su satisfacción por el resultado que arrojó la encuesta: quince escritores en defensa de los principios democráticos: Antonio Gómez Restrepo (marzo 18), Rafael Maya (febrero 18), Luis Eduardo Nieto Caballero (febrero 18), Luis Vidales (febrero 18), Germán Arciniegas (febrero 25), Juan Francisco Mujica (febrero 25), Jorge Eliécer Gaítán (marzo 11), Alberto Miranón (marzo 11), Luis Eduardo Nieto Arteta (marzo 11), Esteban Jaramillo (marzo 4), Antonio García (marzo 4), Carlos H. Pareja (marzo 4), Parmenio Gárdenas (marzo 18), Jorge Soto del Parral (marzo 25) y Luis Felipe Lalorre (marzo 25); dos se declararon resueltamente fascistas: Rodrigo Jiménez Mejía (febrero 25) y Carlos Vesga Duarte (marzo 4), y los tres restantes respondieron con evasivas: Eduardo Carranza (febrero 18), León de Greiff (febrero 25) y Rafael Carrillo (marzo 18).

²⁸ Cf. *El espectador*, 23 de febrero de 1942. Aunque *El Espectador* no identifica al autor de la encuesta, D. Achury Valenzuela, en su respuesta, señala a Eduardo Zalamea Borda como su promotor. Cf. *El Espectador*, marzo 3 de 1942.

²⁹ La lista de quienes respondieron la encuesta es la siguiente: Darío Achury (marzo 3), Carlos Restrepo Piedrahita (marzo 17), Antonio J. Lemus Guzmán (marzo 18), Baldomero Sanín Cano (marzo 19), Manuel Serrano Gómez (marzo 25), Jaime Paredes (marzo 30), Pedro Gómez Parra (marzo 31), Jaime Ardila Casamitjana (abril 6), Manuel de J. Romero (abril 20).

tor colombiano. La *Revista de las Indias*, pocas semanas después de publicado el cuestionario, se aventuró a formular algunas conclusiones. El hecho mismo de haber sido escaso el número de escritores que aceptaron el llamado de *El Espectador* lo interpreta como efecto de “la abulia, los pequeños prejuicios y la irresponsabilidad con que nuestros escritores miran el desarrollo y los resultados de la presente guerra”. Pero reconoce que casi por unanimidad esas respuestas fueron a favor de la libertad, contrarias a la servidumbre impuesta por los regimenes fascistas o afines a esta ideología, y subraya el valor de aquélla para que las naciones puedan ejercer el derecho “a vivir conforme a un principio de dignidad humana”³⁰.

Tanto en las respuestas a la encuesta de *Estampa* como aquellas a la de *El Espectador*, los interrogados, partidarios de la democracia, insistieron fundamentalmente en el clima de libertad necesario para la creación literaria y artística. Aun una figura como Antonio Gómez Restrepo, que reconoce su admiración por Mussolini, pues “salvó a su patria del abismo por donde estaba a punto de precipitarse”, afirmó que prefería “vivir en el seno de nuestra modesta democracia y al amparo de las libertades políticas y civiles de que el actual presidente ofrece ser celoso guardián”³¹. Y Rafael Maya, también conservador, en su respuesta a la encuesta de Fuenmayor, resume así su posición, que sin duda fue la más generalizada:

Todo cuanto estorbe o limite estos impulsos [los del pensamiento], menoscaba igualmente la creación artística, que termina por convertirse en cartel de propaganda o en fórmula oficial. Imaginación creadora y libertad son términos de identidad indiscutible. Para el artista no debe existir más despotismo que el de la disciplina impuesta voluntariamente, lo cual, en este caso, es sinónimo de señorío interior³².

³⁰ “El escritor colombiano y la guerra”, *Revista de las Indias*, N° 39, marzo de 1942, p. 137

³¹ *Estampa*, N° 17, marzo 18 de 1939. Por su parte, Aquilino Villegas, dirigente conservador, cuando se retiró como columnista de *La Patria*, en protesta por la orientación fascista del periódico, escribió en *El Siglo* una carta, con el título de “La revolución fascista”, en la que reclama el ambiente de libertad que debe rodear la tarea del escritor: “Yo prefiero a don Alfonso López, que siquiera me deja escribir, socavarle su gobierno, pensar a mi manera, y tiene la elegancia de dejarse comparar con UN CORCHO, él que se cree un genio denso y pesado. Los mussolinis, lenines y hitleres de los fascistas provinciales me habrían ahorcado por la misma palabra retórica. Ningún hombre libre que piense y quiera pensar libremente, puede ser fascista, nazista o sovieta, que tanto monta. Y menos en Colombia la republicana”. *El Siglo*, 15 de diciembre de 1936. Cf. A. Tirado Mejía, op. cit., p. 331.

³² *Estampa*, N° 13, febrero 18 de 1939.

Alberto Lleras no estuvo entre quienes respondieron las encuestas. Pero en un editorial de *El Liberal*, “Los intelectuales movilizados”, se refirió al primero de los sondeos de opinión. Recuerda la abyección —es palabra suya— a que estaba sometido el escritor en países como Alemania, Italia y Rusia, donde “eran más libres los bufones y juglares” [...], a quienes en su tiempo se les permitía “cierta insolencia compatible con la dignidad del príncipe”³³. Las especulaciones de Lleras no se limitaron a señalar la falta de libertad del intelectual para la actividad política y la creación artística y literaria. El problema para él era mucho más profundo, tocaba el fondo de la vida misma del hombre, “la condición humana”:

En la jornada histórica que se está cumpliendo se juega, ante todo, un concepto del hombre, y no, como en otras épocas, un criterio estatal, de fórmulas jurídicas, cuyo cambio no alteraba, en el fondo, la condición humana. Aun las más cruentas revoluciones podían desarrollarse alrededor de los intelectuales, sin alterar su aislamiento. Pero el sistema totalitario, ya lo emplee el comunismo o lo usen las naciones fascistas, no va solo dirigido contra una arquitectura estatal, sino que pretende, ante todo, alterar la vida humana, y los hombres de letras que hasta ayer eran espectadores más o menos apasionados de los sucesos promovidos por los caudillos, los políticos, los estadistas, han sentido la invasión de su mundo por una reglamentación aventurada que ataca, esencialmente, al individuo, para convertirlo en una unidad de tropa. Los intelectuales, pues, si no son asalariados de la empresa totalitaria universal, se colocan a la defensiva³⁴.

Me limito a las anteriores respuestas sin detenerme en las demás, pues ellas muestran una disposición general del intelectual colombiano (aparte del grupo decididamente fascista de Manizales al que aludí) en relación con un ambiente de libertad necesario para la creación, y porque —como afirma Alberto Lleras en el editorial de *El Liberal* que comenta la encuesta de *Estampa*— “la mayor parte de los entrevistados responden con un criterio político, de controversia en marcha, de resolución tomada de tiempo atrás”³⁵. Pero sí considero conve-

³³ II, 286

³⁴ II, 284-5.

³⁵ II, 284.

niente decir, a manera de conclusión, que son dos los aspectos que resaltan las respuestas: la necesidad de que el intelectual goce de una total libertad que le permita expresar sin presiones su pensamiento, sus ideas sobre todos aquellos aspectos de la vida social, política y cultural de que quiera ocuparse, y el deber que ese mismo intelectual tiene en el mundo moderno de defender los logros culturales como la libertad de expresión, de juzgar el comportamiento de la justicia, de ejercer sin límites la crítica de las arbitrariedades y desaciertos de los mandatarios, en síntesis de actuar como defensor de los derechos de la sociedad civil. Fue esta última misión la que subrayó Jorge Eliécer Gaitán, en su respuesta a Fuenmayor: el intelectual no solo debe formar y encauzar la cultura, sino también defenderla, mostrar solidaridad con los hombres de pensamiento, científicos o escritores de temas literarios o de reflexión social, perseguidos por los gobiernos dictatoriales³⁶.

Un año antes del estallido de la guerra, Alberto Lleras daba por un hecho “el extraño fenómeno” de la muerte del pensamiento europeo³⁷. Fue éste un sentimiento que llegó a generalizarse en las esferas intelectuales; es el mismo sentimiento que se expresa en la exposición de motivos del Ateneo de Altos Estudios, que cité al inicio este ensayo, y al que prestaron especial atención los escritores del momento —reitero lo ya dicho—, de manera especial quienes tuvieron a su cargo programas culturales patrocinados por el Estado. Pero Lleras reconoció enseguida de su afirmación que de esa cultura quedaban aun vestigios por fuera de las tierras de su origen, pensando sin duda en el continente americano.

Hernando Téllez ofrece una posición similar, pero menos pesimista, en un ensayo de 1941, en el que replica a quienes proclamaban la muerte de la cultura europea. Su opinión al respecto es la de que la cultura ha sido y es capaz de sobrevivir a los cataclismos producidos por las guerras. La europea —dice— está pasando por un mal momento, y “la guerra es su grande enemiga, pero no su mortal enemiga, como generalmente se supone”. La historia nos ha mostrado cómo han sobrevivido las culturas en los momentos más difíciles. Todavía hoy somos herederos de Grecia y Roma, y las mismas culturas europeas han logrado superar momentos aciagos y de pesimismo frente su propio futuro. La

³⁶ *Estampa*, N° 16, marzo 11 de 1939.

³⁷ II, 252.

Primera Guerra Mundial produjo también la desesperanza por el porvenir de los principios y las realizaciones de la cultura mediterránea, la misma de la que ahora predecimos su destrucción. “Una guerra —afirma Téllez— puede detener el proceso de evolución de la cultura durante años o durante siglos. Pero no la sepulta de manera definitiva”³⁸.

El planteamiento del problema por parte de Baldomero Sanín Cano y Darío Achury Valenzuela presenta una variante interesante, sobre todo para quienes tuvieron en su manos la tarea de manejar los asuntos culturales de Colombia. En su respuesta a la encuesta de *El Espectador*, por ejemplo, el primero de los escritores citados, coincidiendo en lo esencial con Rafael Maya, afirma que las ambiciones del nazismo no eran sólo una amenaza para la democracia sino también para todos aquellos valores, morales y de cualquier otro género, en los que se sustentan “el concepto y la práctica de la civilización”. Por eso para el propio Sanín Cano, en un mundo totalitario como el nazi, la literatura no tiene ningún futuro, pues la expresión de sentimientos e ideas requiere de la libertad como condición necesaria³⁹. Achury Valenzuela también opinaba que los “principios democráticos son el fundamento primario y esencial de la cultura vigente”. Pero ambos escritores se apartaban del temor de que muerta la cultura europea quedáramos desamparados, sin brújula para orientarnos en el futuro. Nuestra cultura, afirma Achury Valenzuela, es la europea pero sólo en cuanto la tomemos por su naturaleza virtual; lo cual quiere decir que los desarrollos que procuremos son nuestros, que somos nosotros quienes debemos darle sus contenidos, expresando nuestros sentimientos, nuestros ideales, nuestros problemas, etc.⁴⁰. Y Sanín Cano, en el artículo que ya cité, “Herencias culturales”, sostiene una opinión análoga:

Aceptamos, reconocemos el caudal recibido de aquellos pueblos en cuatro siglos de existencia; pero una cultura no es obra de mera imitación o de conservación cariñosa: una cultura es, ante todo, esfuerzo de

³⁸ H. Téllez, “La guerra y la cultura”, *Revista de las Indias*, N° 26, Bogotá, 1941, pág. 345.

³⁹ *El Espectador*, marzo 19 de 1942.

⁴⁰ *El Espectador*, marzo 3 de 1942. Achury Valenzuela amplía luego su respuesta en un artículo titulado “Posibilidad de una cultura americana”, en la *Revista de las Indias*, N° 54, junio de 1943. En este artículo fue más contundente en su posición: “Si en esta hora angustiosa que vive el mundo, América no moviliza sus minorías intelectuales hacia la creación de una cultura propia, dejará pasar a su vera la única oportunidad, acaso de influir sobre los destinos de la humanidad” (p.369-70).

superación y en su nivel infimo, la voluntad de acomodar a un medio y a una raza ideas ajenas sin voluntad de repudiarlas⁴¹.

Entre la apatía de la generalidad de los colombianos frente a la guerra europea, la euforia de un sector de conservadores que aplaudía cada invasión de los ejércitos alemanes, y los problemas fiscales que tuvo que resolver el gobierno ante la pérdida de mercado de nuestros productos de exportación, un grupo de intelectuales liberales tomó en sus manos los programas que crearon los gobiernos de la República Liberal para el desarrollo y difusión de una cultura nacional, adecuada a los ideales modernos de libertad y, consecuentemente, a la dignidad del hombre.

Creo conveniente observar que en estos años los liberales que desempeñaron cargos relacionados con la cultura, hablaban de los asuntos de sus funciones no tanto como personas que militaban en uno de los partidos históricos de Colombia, sino como hombres formados en el ideario del liberalismo, en el sentido más general del término, aun en momentos que estaban cumpliendo tareas propias de su investidura. El mismo presidente López, en su *Mensaje al Congreso*, de 1943, se apartó de su costumbre de hablar en nombre del partido que él representaba para referirse al “espíritu liberal”, entendido como una modalidad esencial “de la personalidad humana”, diferente a la conservadora, una modalidad aquella que “no está en manera alguna supeditada por las ocasionales tesis que adopten los correspondientes partidos para su ejercicio político”. Y concluye el párrafo:

Tan errado sería sostener que nuestras colectividades están tan irremediabilmente atadas a un lote de verdades estáticas que constituyen su única razón de ser, como imaginar que con la realización de sus más defendidos anhelos ha concluido su misión histórica. Lo cierto para mí es que el liberalismo, hoy partido de gobierno, es, ante todo, un criterio de interpretación, un método de experimentación social, un vehículo de nuevas formas de vida, un temperamento inconforme y dinámico que busca siempre ampliar el radio de su acción⁴².

⁴¹ *El Tiempo*, oct. 31, 1938, Vol. III, ed. cit., pág. 128.

⁴² A. López Pumarejo: “Mensaje al Congreso Nacional en la instalación de sus sesiones ordinarias de 1943”, A. López Pumarejo: *Obras selectas*, Segunda parte. Cámara de Representantes. Bogotá, 1980, pág. 245.

El Presidente quería con ello restablecer una diferencia esencial con el espíritu conservador, diferencia que en otros terrenos se había desdibujado, debido a la evolución misma de la sociedad y a la necesidad que sentían los dos partidos tradicionales de Colombia de ponerse en situación de responder a los problemas contemporáneos, aunque este proceso de actualización programática los alejara de sus doctrinas originarias y los acercara a los del partido contrario.

Y Jorge Zalamea, en su conocida conferencia, de 1936, en el Teatro Municipal, de Bogotá, sintió la necesidad de aclarar lo que se debe entender por cultura del liberalismo en contraposición con la cultura conservadora, debido a las frecuentes críticas de los adversarios al régimen, quienes acusaban al Partido Liberal “de haber traído a nuestra vida una tan extrema ordinareiz o vulgaridad y tal escasez de merecimientos intelectuales y de preocupaciones del espíritu que siempre, según ellos, está amenazando dar al traste con la cultura nacional y poniendo en grave peligro el porvenir espiritual de los colombianos”⁴³. La cultura conservadora, la que se había impuesto en el país a través de la educación y las tradiciones, era una cultura verbalista que se amparaba, no en el conocimiento de la realidad nacional, sino de la gramática y la retórica, en la que predominaba el “*decir* sobre el *hacer*”, “la palabra sobre la acción”, “la expresión sobre la cosa expresada”⁴⁴. En buena parte, la conferencia no hace otra cosa que explayar algunas de las ideas expuestas por el presidente López en su Discurso de posesión en 1934⁴⁵.

⁴³ J. Zalamea: “La cultura conservadora y la cultura del liberalismo”, *El Tiempo*, mayo 8 de 1936. Reproducido en J. Zalamea: *Literatura, política y arte*, Colcultura, Bogotá, 1978. Más citas y referencias remiten a esta edición., p. 612.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 613.

⁴⁵ Léase, por ejemplo, el siguiente texto de López: “...el Estado desarrolla su actividad sobre un país desconocido, cuyas posibilidades ignoran generalmente sus gobernantes, y sobre el cual se ha tejido todo género de leyendas. Los políticos también desconocemos el terreno social que sirve de campo para nuestros experimentos. Y en esa general incertidumbre sobre nuestra propia vida, perdemos el tiempo entregados a divagaciones, a conjeturas, a las teorías más empíricas, sin que la estadística o las ciencias naturales y sociales nos abrevien y faciliten el trabajo, que en las condiciones actuales es fatalmente ineficaz”. A. López Pumarejo, *Obras selectas*. Primera parte. Cámara de Representantes, 1979, p. 114. Fueron también las ideas expresadas por Germán Arciniegas, ponente del proyecto la ley de creación de la nueva Universidad Nacional, presentado al Parlamento en 1932, durante el gobierno de Enrique Olaya Herrera. Recordemos un pasaje de Arciniegas: “Al romperse, con la guerra de independencia, la iniciativa de Mutis, de Moreno y Escandón, de Caldas y de Caballero y Góngora, y volverse a la rutina de una educación literaria y metafísica, se cerraron los horizontes a la esperanza de una ciencia colombiana. Se abandonó entonces el estudio natural del país: de su flora, de su fauna, de sus minerales”. G. Arciniegas: *Universidad Colombiana*, Bogotá, 1933, p. 8: “Al escribir este estudio [...], he querido ofrecer una solución que no solamente resuelva a la Universidad sus problemas internos, sino que invite sobre toda la orientación política del país, desplazando el criterio que nos ha guiado desde los días coloniales. En la

Una nueva política cultural

Era, pues, un deseo compartido por el liberalismo el de que había que modificar la orientación de la cultura, no únicamente cambiándole su contenido, sino asignándole además tareas que tuviesen por objeto el conocimiento de la realidad natural y social de Colombia, lo que vale decir que tratara temas de interés actual. Fue la misión que se le asignó a la universidad pública y a ciertas entidades y programas del Estado, como el Ateneo de Altos Estudios, al que me referiré más adelante. El propósito que formula López, "... procurar modificar el estilo y el tono de nuestra vida", tiene sin duda un sentido pedagógico, esto es, el de formar un ciudadano comprometido con el país y, como lo glosa Zalamea, "procurar la restauración de la realidad"⁴⁶, promoviendo, a través de programas educativos y culturales, un cambio de actitud frente a los problemas nacionales. La cultura del liberalismo, entonces, debe ser una cultura que se arraigue en el conocimiento de las condiciones del hombre en su medio geográfico y social. De aquí que para Zalamea, como para el propio López, la cultura esté tan íntimamente ligada a todo el aparato educativo, desde la escuela rural a la universidad, y tan alejada, por supuesto, de una cultura de ornamento.

Pero estas relaciones, a la luz del pensamiento de los dirigentes liberales, iban más allá, pues si la cultura se enraíza en la educación, ésta constituye con la democracia "un binomio inseparable", como lo expresó el ministro Jorge Eliécer Gaitán en su informe de 1940 a las Cámaras Legislativas. Y como argumento en favor de su opinión, sin duda respondiendo a quienes en ese entonces estaban dedicados a difamar del sistema democrático, dijo:

Cuantas veces se oyen denuestos y reproches contra la democracia, acude a la mente el error en que se incurre de tomar por abominable su

imposibilidad de seguirle entregando los problemas de la República a la ignorancia, para que ésta los invierte y los estrangule, he creído indispensable acudir a un sistema de democracia estilizada, en donde la ciencia y la técnica tengan su oportunidad y su aplicación. Como no es posible que siga gobernándose 'a ojo'; como sólo el dominio científico de los problemas, sobre todo de los económicos y los sociales, da una esperanza de acierto para salir los pueblos bien librados de ciertas asechanzas muy propias de estos tiempos, urge tener dentro de la República una organización universitaria que influya sobre el Estado mismo. Esto quiere decir que ya han cambiado los términos de una inquietud, y que hoy no pasa de ser una gajmoñería del Estado el recelo de que no se le deje intervenir dentro de la universidad. Hoy lo que se busca es la intervención de la Universidad dentro del Estado". (G Arciniegas, *Ibid*, pp. 3-4)

⁴⁶ J. Zalamea, *op. cit.*, pág. 618

sistema en lo que apenas demuestra una adulteración y desconocimiento del mismo. No es culpa de la democracia si la escasa preparación ética, mental o afectiva, de algunos de sus hombres, les llevan a desertar del cumplimiento de las funciones que les han sido encomendadas. La génesis de tales anomalías no puede cargarse a la cuenta de un sistema sino al olvido en la orientación o formación educativa que no se encierra dentro del limitado concepto de la adquisición de unas ideas, sino de la capacitación, [...], para una personería en el amplio sentido humano del vocablo⁴⁷.

La cultura y la educación fueron, pues, dos problemas que en los programas de los gobiernos liberales se entrecruzaron con frecuencia y siempre se dieron apoyo mutuo. En su "informe" de 1945, como Director de Extensión cultural, Darío Achury Valenzuela se refirió a la función educativa de los programas culturales promovidos por los gobiernos de la República Liberal. Aunque en ese momento alude a la "cultura popular"⁴⁸, entendida como aquella que tiene por sus beneficiarios a las clases populares, y cuyo significado debe entenderse como un asunto de formación y no de contenido, es posible aplicar el juicio que enseguida copio a la mayoría, si no a todos, los programas que el Estado puso en ejecución:

El criterio que anima las actividades de la cultura popular y que ha sostenido su desarrollo a través de varios años, ha sido el de crear en la conciencia colectiva un nuevo sentido de sus posibilidades espirituales; el de dar los pasos iniciales para dotar al pueblo de elementos primarios que vayan conformando su vida estética; el de facilitar, por fin, la realización de sus capacidades desorientadas y dispersas. Esta campaña persigue, pues, una finalidad eminentemente educativa⁴⁹.

De acuerdo con los anteriores propósitos, la cultura en cuanto "cultivo y difusión de los conocimientos humanos, no debe circunscribir su acción y sus

⁴⁷ *La obra educativa del gobierno*. Imprenta Nacional. Bogotá, 1940, pág. XI.

⁴⁸ Para el problema de la cultura popular durante la República Liberal, ver Renán Silva: *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, La carreta editores, Medellín, 2005. Y para la investigación folclórica en el mismo período, la obra también de Renán Silva, *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia*. La carreta editores, Medellín, 2006.

⁴⁹ Achury Valenzuela, *La extensión cultural en 1945*, Imprenta Nacional. Bogotá, pág. 45.

beneficios a determinadas zonas urbanas” ni a sectores de la población con suficientes conocimientos para una recepción apropiada de la obra de arte y, en síntesis, de las realizaciones de la cultura en general. El gobierno, aceptando la verdad de este principio y utilizando los medios de que disponía (impresión, radio, cine, etc.), se propuso que la cultura penetrara y se arraigara “en el alma colectiva a modo de permanente incitación al progreso y al perfeccionamiento”⁵⁰. No era, pues, sólo asunto de ofrecer bienes para el goce de los sentidos, sino de formar sensibilidades capaces de apreciar esos bienes y discernir sobre ellos y de asumir con criterio estético tareas propias del oficio a que se dedicaba. A este respecto, es pertinente recordar las aspiraciones que el Ministerio de Educación se fijó al introducir la cátedra de dibujo en la enseñanza escolar, la cual no buscaba formar artistas profesionales, sino “hombres conscientes de su oficio, dotados de sensibilidad y capaces de practicar diestramente el género de artesanía que voluntariamente han escogido”⁵¹. Un asunto, éste último, propio de la cultura popular, en el sentido que le dieron quienes tenían en sus manos los programas educativos del Estado⁵².

Fueron tres, en resumen, los grandes propósitos de los programas que al respecto promovieron los gobiernos liberales: investigación y creación de bienes culturales y científicos; difusión de las culturas nacional y universal, y educación de la sensibilidad y, en general, de la personalidad.

Desde el discurso del presidente López al tomar posesión de la Presidencia de Colombia en 1934, y aun podría decirse desde el proyecto de ley que buscaba crear la nueva Universidad Nacional, presentado a la Cámara de

⁵⁰ *La obra educativa del gobierno: La extensión cultural en Colombia*. 1940, pág. 61.

⁵¹ *Ibid.*, pág. 135.

⁵² En la introducción a la *Obra educativa del Gobierno* encontramos algunos apartes esenciales para comprender las intenciones del gobierno nacional al instaurar los diferentes programas adscritos a la Secretaría de Extensión Cultural: “Sus diversas actividades convergen a un fin esencial: encauzar y concertar las varias manifestaciones de la cultura nacional, en beneficio del pueblo, entendiéndose por cultura, no la adquisición de conocimientos decorativos y vagamente educativos, sino un repertorio de convicciones que rigen realmente la existencia de un pueblo. Este, con sus condiciones peculiares, es el supuesto humano sin el cual no es posible la cultura, porque perder de vista la vida efectiva del hombre y sus ineludibles urgencias es, precisamente, la negación de la cultura. [...] Es preciso quitarle a la palabra cultura ese sentido mágico que consiste en ocultar sistemáticamente al pueblo los principios fundamentales de la enseñanza, convirtiéndolos en elementos de privilegio. [...] Cultura no es lujo, es pura y esencialmente una necesidad vital, es un menester imprescindible de la vida humana, es adquirir conciencia de sus convicciones y del medio histórico en que actúa, es elevar su nivel de vida, de acuerdo con su tiempo” (pág. 9-10).

Representantes por Germán Arciniegas, en 1933, el liberalismo había señalado un derrotero a su política educativa y cultural. Varios de los programas diseñados por el Ministerio de Educación buscaban responder a las inquietudes expresadas por el presidente López. Para utilizar la expresión de Achury Valenzuela, en buena parte de estos programas se trataba de mantener viva la cultura europea, entendida como cultura virtual, con la finalidad de actualizarla dándole contenido a partir de nuestras necesidades. Interpretada así, el elemento investigativo adquiría una importancia destacada en proyectos como los que se propuso el Ateneo de Altos Estudios, un centro académico de grandes ambiciones dividido en siete comisiones o departamentos, que cubría un amplio espectro de disciplinas académicas: matemáticas; ciencias naturales; física y química; geografía e historia; filología y lingüística; sociología y etnología, y literatura, atendidas por una comunidad científica de innegable prestigio, varios de cuyos integrantes, con amplia trayectoria en la investigación, habían llegado a Colombia como exiliados de Europa⁵³. Creado en 1940, durante el gobierno de Eduardo Santos, y siendo Ministro de Educación Jorge Eliécer Gaitán, le correspondió hacerse cargo del primero de los propósitos señalados, esto es, de la tarea investigativa. En la exposición de motivos se expusieron claramente dos aspectos de las intenciones del gobierno nacional de proveer al país de un instituto de investigación superior: defender “el patrimonio de la inteligencia” y recuperar una tradición investigativa que se remonta a la época colonial, propósitos mucho más urgentes en el momento de crisis mundial que se vivía entonces. Y aun cuando no se lo señaló en el documento citado, quiso también subsanar una falencia de la universidad colombiana, que presionada por necesidades externas “va convirtiéndose en escuela técnica, generadora de profe-

⁵³ La nómina académica estaba conformada por las siguientes personas: *Matemáticas*: Jorge Álvarez Lleras, Darío Rozo Martínez, Julio Carrizosa Valenzuela, Belisario Ruiz Wilches, Juan de Dios Higueta, Jorge Rodríguez y Luis de Greiff Bavo; *Ciencias naturales*: Enrique Pérez Arbeáz, José Cuatrecasas, Luis María Murillo, César Uribe Piedrahita, Emilio Robledo, Hermano Apolinar María; *Física y química*: Antonio M. Barriga Villalba, Jorge Ancizar Sordo, Eduardo Lleras Codazzi, Antonio García Banús; *Geografía e historia*: José Miguel Rosales, José María Ots [Capdequi], Gerhardt Mazur, Julio Garzón Nieto, Justus Wolfram Schottelius; *Filología y lingüística*: Manuel José Casas Manrique, Urbano González de la Calle, José María Restrepo Millán, José Vicente Castro Silva, Félix Restrepo; *Sociología y etnología*: Luis López de Mesa y Gerhardt Nefmann, y *Literatura*: Baldomero Sanín Cano, Guillermo Valencia, Antonio Gómez Restrepo, Rafael Maya, León de Greiff. Cf. *La obra educativa del gobierno en 1940*, Imprenta Nacional, Bogotá., 1940, págs. 117-118. El Ateneo de Altos Estudios tuvo una vida corta. Rápidamente se desintegró en varios institutos (Caro y Cuervo, de Etnología, Academia de ciencias, etc.), pero logró realizar una tarea de investigación de indudable importancia, como se puede constatar en las Memorias de los ministros de educación.

sionales, más o menos hábiles”, pero a la que le faltaba el cultivo del saber “no como medio sino como fin en sí mismo”⁵⁴. El gobierno era conciente de que el presente cultural se nutre de una historia nacional; pero también lo era de que esta historia, con sus sistemas jurídicos y políticos, sus realizaciones y frustraciones, tiene arraigo en la universal. Fue esa conciencia la que sirvió para asignarle al Ateneo la tarea de retomar algunos de los proyectos de épocas pasadas, que habían quedado inconclusos por diversas circunstancias, como lo fueron la Expedición Botánica, la Comisión Corográfica, el *Diccionario de construcción y régimen*, de Cuervo, las investigaciones de Ezequiel Uricochea sobre lenguas americanas, etc.

Los campos en los que se desplegaron los programas creados para la difusión fueron tres, las tres áreas en que tradicionalmente se suele distribuir todas aquellas realizaciones del hombre desprovistas de propósitos utilitarios inmediatos: la literatura, las artes plásticas y la música. Mi propósito no es el de hablar en detalle de cada uno de los programas diseñados por el Estado y de los logros obtenidos; sólo haré algunas referencias que permitan comprender la orientación que se les dio y la intención formativa que tuvieron. Por lo demás algunos de esos programas desaparecieron con el cambio de dirección del gobierno nacional, o aún antes quizás por razones presupuestales. Pero sí puede afirmarse que esos programas tuvieron una positiva y profunda repercusión.

Al mismo Ateneo, cuya misión fundamental fue la investigación, como ya observamos, le asignó además la tarea de divulgar obras esenciales de la literatura colombiana, para cumplir la cual elaboró un proyecto editorial, habiendo llegado a publicar algunos libros de reconocido valor científico y literario⁵⁵. Pero fueron la *Revista de las Indias* y la *Biblioteca popular de cultura colombiana* los principales órganos que se crearon para la difusión de la cultura

⁵⁴ Cf. *Revista de las Indias*, N° 15, marzo, 1940, p. 296, El considerando 4° del Decreto N° 465, de 1940, por medio del cual se funda el Ateneo Nacional de Altos Estudios reza: “Que, con este fin, es necesaria la creación de una institución que no se dedique a la preparación profesional propiamente dicha, ni a actividades prácticas inmediatas, sino únicamente al cultivo de la ciencia pura, a la investigación de la verdad por sí misma y al estudio de los grandes temas de la naturaleza y del pensamiento humano”.

⁵⁵ Es pertinente destacar al menos dos de los que alcanzó a publicar antes de su desintegración: el libro inédito e inconcluso de Rufino José Cuervo, *Castellano popular y castellano literario*, en el que el autor expone la doctrina gramatical de las *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, sin detenerse en las referencias locales de esta última obra, y la *Historia de la literatura colombiana*, de Antonio Gómez Restrepo.

literaria, entendiendo por esta expresión no sólo la literatura en sentido estricto, sino también la historiografía, la filosofía, el ensayo político, etc.

La *Revista de las Indias* fue un sitio de encuentro de la cultura latinoamericana, con una amplia aceptación entre los escritores de América y españoles en el exilio. Fundada en 1936 como órgano de la “alta cultura”, según se la caracterizó en la nota de presentación publicada en su primer número, desde un comienzo incorporó a su nómina de colaboradores habituales al grupo de exiliados que residían entonces en Colombia, así como a escritores importantes de América Latina y a españoles trasladados en países americanos⁵⁶. Una revista abiertamente liberal en su concepción, no disimuló su apoyo a los republicanos españoles, lo que le generó la malquerencia de Laureano Gómez, quien, al referirse a ella, lo hacía con epítetos como “deplorable”, “malhadada”, “execrable”⁵⁷, etc. No obstante, su único criterio fue que los textos publicados en ella tuviesen dignidad estética o representasen ideas modernas. En el Informe de 1940 se la definió como un “medio de intercambio y conocimiento entre quienes se ejercitan en los trabajos propios de la inteligencia”, y cuyo principal objetivo es el de perseguir “la creación de una conciencia de solidaridad entre los escritores de la España libre y América”⁵⁸.

Por su parte, la *Biblioteca popular de cultura colombiana* puso su atención en la historia nacional. Es una colección bibliográfica planeada rigurosamente, en la que el lector común o el investigador podían —y aún pueden—, encontrar los libros fundamentales para el estudio de la historia política, social y cultural de Colombia, sin que en

⁵⁶ Una lista, no completa, de escritores que publicaron en la *Revista de las Indias*, es un buen testimonio de la calidad, de la amplitud ideológica y temática, y de la amplia cobertura geográfica de sus colaboradores: Baldomero Sanín Cano, Antonio Gómez Restrepo, Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón, Jorge Zalamea, Tomás Rueda Vargas, Luis Vidales, León de Greiff, L. E. Nieto Caballero, César Uribe Piedrahíta, Rafael Maya, José Umaña Bernal, Gregorio Castañeda Aragón, Tomás Vargas Osorio, Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez, Alberto Miramón, Cayetano Belancourt, Luis de Zulueta, Enrique Díaz Canedo, Ramón Gómez de la Serna, Francisco Ayala, José María Orts, Urbano González de la Calle, José Prat, José L. de Benito, Américo Castro, Pedro Salinas, Jorge Guillén, José Bergamín, Jorge Carrera Andrade, Alfonso Reyes, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Ventura García Calderón, Carlos Pellicer, Xavier Abril, Benjamín Carrión, Rosa Arciniega, Mariano Latorre, Carlos Prendez Saldías, Gonzalo Zaldumbide, J. Natalicio González, Jorge Icaza, Luis Alberto Sánchez, Ricardo Rojas, Miguel Otero Silva, A. Miró Quesada Sosa, Waldo Frank, Gerhardt Mazur, Fritz Karssen, etc.

⁵⁷ Cf. L. Gómez, *Obras completas*. Tomo I. Instituto Caro Cuervo. Bogotá, 1984, págs. 46, 171 y 172. Abel Carbonell también se refería a la *Revista de las Indias* en términos afines a los empleados por Gómez: “publicación la más desvergonzada que haya visto jamás la luz pública entre nosotros”. A. Carbonell: *Obras selectas*. Cámara de Representantes. Bogotá, 1981, pág. 276.

⁵⁸ *La obra educativa del gobierno: La extensión cultural en Colombia, 1940*, ed. cit. p. 193-4]

la escogencia de los autores incluidos hubiese distincos ideológicos o partidistas. Debe destacarse en ella la amplitud de temas, pues abarca cronistas, historiadores, poetas, novelistas, pensamiento político, etc. Obedeció, como dice Germán Arciniegas, a la necesidad de poner de nuevo en circulación las obras esenciales de la literatura colombiana o aquellas que tienen al país como motivo de estudio, “algunas de las cuales sólo se conseguían muy difícilmente y a precios altísimos en los mercados de libros de segunda mano”⁵⁹. Una colección de libros que, como lo comenta una nota publicada en *Revista de las Indias*, firmada por H. T. (no es aventurado suponer que se trata de Hernando Téllez), permitirá “realizar un buen corte de cuentas con el pasado intelectual del país y, por contrapunto o reflejo, con su presente”⁶⁰.

Sin ninguna duda, entre los tres grandes propósitos de los programas culturales durante la República Liberal, el tercero, el referido a la educación de la sensibilidad, fue el de mayor calado y el que tuvo una cobertura más amplia, pues cubrió a todas las capas sociales y utilizó medios muy diversos para lograr sus objetivos. Los mismos programas editoriales de que acabamos de hablar, pueden vérselos desde estos propósitos.

El discurso pronunciado por Jorge Eliécer Gaitán, como Ministro de Educación, el 12 de octubre de 1940, para inaugurar el Primer Salón Anual de Artistas Colombianos, tiene una importancia especial, entre los documentos oficiales de la época, pues allí el líder liberal expuso algunas ideas realmente novedosas que conciernen justamente a la tercera finalidad que persiguieron los programas culturales promovidos por los gobiernos de entonces: la de educar la sensibilidad de los colombianos, en la medida en que se los expone a los efectos del arte sobre sus facultades sensitivas: “despertar en el pueblo, no una pasajera curiosidad, sino una permanente atención por las distintas manifestaciones del arte”, según las palabras de Gaitán⁶¹. Y promete

⁵⁹ G. Arciniegas, *Memoria* [de Ministro de Educación Nacional]. Imprenta Nacional, Bogotá, 1942, pág. XLVI.

⁶⁰ H. T. “La Biblioteca Popular de Cultura Colombiana”. *Revista de las Indias*, N° 41, mayo de 1942, p. 404. El autor de la nota describe el formato del libro en estos términos: “En ediciones decorosas y sencillas, hechas con buen gusto, manuales, ajenas por completo al detestable sello oficial de los libros editados por el gobierno, que solamente hasta ahora están perdiendo ese aspecto exterior, pobretón y sumario, de informes de ministro o secretario, empezarán a circular estos volúmenes, de cubiertas alegres, de contenido deleitoso, de precio cómodo, que podrán viajar en el bolsillo del lector, sin abultarlo feamente. Libros así, que sean verdaderamente libros y no mamotretos, son los que cumplen su mejor destino, el maravilloso destino de los buenos libros: acompañar al hombre por todas partes, sin hacer pesada su presencia, entre las manos o bajo el brazo”. *Ibid.*, p. 405.

⁶¹ *El Tiempo*, noviembre 17 de 1940. Otro texto oficial del mismo año insiste en estos objetivos de sensibilización que señala Gaitán: “Misión esencial de la cultura es la de crear entre el pueblo un clima

abrir frecuentes exposiciones de artistas nacionales y extranjeros que se conviertan en “una corriente viva de educación estética” (*ibid*). En sus reflexiones, va mucho más allá de educar espectadores sensibles, pues este espectador —sugiere— debe convertirse además en “juez de conciencia”, a quien en última instancia le corresponde decidir si hay o no arte nacional.

Principios estéticos análogos se esgrimieron como justificación de los programas musicales de la Radiodifusora Nacional, fundada también durante el gobierno de Eduardo Santos, en 1940. Los propósitos de sensibilización de sus programas son evidentes: allí a la música se la considera como “base indiscutible de toda cultura digna de este nombre, así en su aspecto individual como social”. La situación que encuentra al respecto en el medio colombiano es de una indigencia vergonzosa, una situación proveniente del descuido casi absoluto en el sistema educativo por la formación musical:

algunos vagos deleitantes, sin disciplina y sin escuela, desconocedores no solamente de la más rudimentaria técnica musical, sino de sus obras y de su historia, representaban la “cultura” y la “crítica” musical en Colombia...⁶²

La propuesta fue, entonces, una programación que buscaba inicialmente superar la penuria de la formación musical del colombiano, pues no será posible una educación integral del ser humano “mientras su sensibilidad sea indiferente o roma o virgen para el arte no sólo melódico sino armónico”⁶³. Se trataba, en síntesis, con estos programas, de la formación del destinatario de la obra musical, lo que les daba un fuerte acento pedagógico y los vinculaba con otros programas más directamente destinados a los aspectos educativos. Y si nos atenemos a las palabras de Gaitán en su discurso de inauguración del Primer Salón de Artistas, la sensibilización a que se aspiraba debía manifestarse en la capacidad de formular juicios racionales —por consiguiente controvertibles— acerca de la obra de arte. De lo contra-

espiritual que eduque su sensibilidad y oriente sus preferencias en el orden artístico. No basta darle a las masas conocimientos elementales que despierten y aviven su inteligencia, sino que es menester remover en su inconsciente el caudal de emociones y sensaciones, que es lo que constituye en sí la cultura, remoción que debe hacerse mediante la música, la danza, el teatro, los aires folklóricos, como medios de mayor eficacia para ordenar aquel orden cultural”. *La obra educativa del gobierno: La extensión cultural en Colombia, 1940*, ed. cit., pág. 73.

⁶² *La obra educativa del gobierno: La extensión cultural en Colombia, 1940*, pág. 106-7.

⁶³ *Ibid.*, pág. 107.

rio, ese receptor no podía constituirse en “juez de conciencia” de la producción artística del país. Unos propósitos que tuvieron su cumplimiento en la creación de las llamadas Escuelas de Música, cuya finalidad no era —como tampoco lo era, debe recordarse, el de la enseñanza del dibujo en las escuelas— la de formar músicos profesionales sino la de ofrecer una actividad musical mediante la preparación y formación de masas corales y orfeones, no la meramente pasiva del asistente a un concierto o del público de programas radiales⁶⁴.

Para finalizar, debo anotar que es sorprendente la coherencia que mostraron en sus políticas relacionadas con la educación y la cultura los gobiernos liberales que se sucedieron entre 1930 y 1946. Desde cuando Germán Arciniegas, durante el gobierno de Enrique Olaya Herrera, presentó al Congreso el proyecto de ley con el que se esperaba crear la nueva universidad del Estado, los gobiernos liberales siguientes se encauzaron por una serie de reformas y de creación de instituciones que se apoyaron mutuamente en los propósitos de ofrecer espacios adecuados para que pudiera darse en Colombia una nueva cultura más atenta a nuestro pasado y a los problemas presentes, y con mayor capacidad de recibir influencias foráneas. Pero también debe reconocerse que fueron el presidente Eduardo Santos y su ministro de educación Jorge Eliécer Gaitán quienes prestaron mayor atención a la política cultural, al fundar instituciones definitivas para el desarrollo del país en este campo como lo fueron el Ateneo de Altos Estudios y la Radiodifusora Nacional; así como al crear y promover programas encaminados a la formación de la personalidad estética del colombiano, etc. *La educación cultural en Colombia*, tercer tomo de la *Obra educativa del gobierno*, libro varias veces citado en este ensayo, nos muestra la amplitud de la política cultural durante los años de la llamada República liberal. Es éste un documento básico para el estudio de los proyectos y las realizaciones en este campo, pues aparte de dar una detallada información de las actividades de la Secretaría de Extensión Cultural, ofrece las definiciones y los principios de lo que en cultura se proponía el gobierno colombiano. Pero si el presidente Santos y el ministro Gaitán fueron los que crearon el espacio político para que se pudieran desarrollar programas de por sí ambiciosos y en momentos difíciles para la economía del país, Darío Achury Valenzuela fue quien orientó la actividad cultural del ministerio, de cuya pluma salieron algunos documentos doctrinarios de los ministros de turno, y fue quien, sin duda, redactó muchos de los documentos oficiales de la época.

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 133.

Página en blanco

Ricardo Cano-Gaviria

“Es que hace dos días tuve un sueño, un mal sueño...”, respondió la negra Mercedes cuando él le preguntó por qué últimamente rondaba tanto por su estudio, y por qué no paraba de mirarlo preocupada. “Yo iba por la mañana a despertarlo y lo encontraba muy quieto y pálido, porque el indio Guayambuco lo había matado”.

“El indio Guayambuco”, comentó él con sorpresa. “¿El mismo que...?”

“Sí, el mismo... Usted, niño, tenía la cabeza llena de pétalos.”

“¿De pétalos rojos!”, repitió él. “¿No serían las heridas del abuelo?”

“¿Quién sabrá, niño! Pero le aseguro que la habitación donde él agonizó no olía tan bien como la de mi sueño. El olor era como a flores y a música de pájaros...”

“¡A música de pájaros!...”, coreó él, con sorpresa e incredulidad.

La mujer, que observaba el suelo con atención, como si en la paja de la escoba que tenía en la mano se hubiese enredado una telaraña, levantó los ojos y lo miró.

Reproducido por cortesía de la revista Odradek (Medellín), donde apareció originalmente (Año VII, N° 14, agosto de 2009).

“¿Pues no tiene alas la música como los pájaros, señor?”

“Mercedes, verdaderamente usted es una caja de sorpresas”, la tranquilizó él, con una sonrisa suave, que destacó como una especie de remanso en su espesa barba castaña. “Desde niño usted no deja de asombrarme...”

“Y lo que le falta todavía”, lo amenazó la mujer, riendo y haciendo un amago de retirarse.

“Espere un momento, no se me vaya...”

“Tengo que irme, señor. ¿No ve que esta mañana también su mamá salió y aún no he preparado el almuerzo?”, dijo ella, sin pararse.

Viéndola desaparecer por el pasillo, con su caminar renqueante y aparatoso, pensó que todavía era una negra hermosa cuando él era niño y ella le contaba los cuentos infantiles, el ratón Pérez y la cucaracha Mandinga, o le enseñaba a jugar con Elvira “Mariposa dónde estás”. Luego, al perderla de vista, recordó que el día anterior, miércoles, también la había sorprendido rondando por su estudio, avanzada la noche, pero ella no le había querido decir nada, aunque al final accedió a preguntarle que cómo celebrarían al día siguiente su cumpleaños, y él dijo: “ojalá que no con otra mala noticia. Me bastará con tenerlas a ustedes a mi lado, nos tomaremos el té, un té especial, eso sí, del que me han llegado unos paquetes directamente de París, y unos biscuits”. “No, yo prefiero el ponqué” terció por sorpresa una segunda voz, a espaldas de ellos; era Julita que se había levantado en puntillas a ver qué pasaba, lo cual le brindó a la negra Mercedes una estupenda oportunidad de escabullirse... Cuando se quedaron solos los dos hermanos, con expresión seria -demasiado sería para su edad- la muchacha le preguntó por los acreedores, y sobre todo por el señor Guillermo Uribe, ¿es que en realidad era un hombre malo? ¿Y, si era así, por qué se había llevado tan bien con el papá cuando aún vivía?

“¡Sí, papá, papá, papá!”, casi gritó ella, y él, llevándose el índice a los labios, le hizo chist, “Va a despertar a mamá y entonces usted verá qué le decimos, Julita”, le advirtió con mucha suavidad, porque sabía que en el énfasis crispado de las palabras de su hermana pequeña acechaba un pasado lleno de claroscuros y de sombras, de sombras y de chapolas negras, de viejas amistades bogotanas y desacuerdos políticos, y hoy parecía que también de desamores y celos económicos, que eran demasiado para su edad. Y casi se alegró de que, al menos por el momento, lo que más le preocupara a Julita fuese saber si todo

Bogotá se iba a enterar... ¿En tales condiciones cómo volver a misa a la Catedral? ¿Y cómo pasear de nuevo por la calle de Florián? Serían el hazmerreír de todos, en el altozano los señalarían con el dedo, se convertirían en unos pobres de solemnidad. A caballo sobre un taburete que él tenía cerca de la cama, junto a la bacinilla, la muchacha estaba a punto de echarse a llorar cuando él le lanzó un clic con la mano, haciéndola volver en sí, y le preguntó si tenía idea de lo que le pasaba a Mercedes; la mujer estaba muy rara y a él le parecía que lo espía... “¿Espiarlo a usted? Creo que no... Aunque esta mañana se escapó hacia las diez sin decir adónde iba... Volvió hacia las once, a tiempo para preparar el almuerzo... Menos mal que mamá no se enteró.” “¿Qué podemos hacer para que aprenda a coger el teléfono, Julita?” “Ah, creo que eso sí que va a ser imposible”, respondió la muchacha, riendo, “si ni siquiera se atreve a pasarle el plumero”. Durante unos instantes, en la profundidad de la noche, se oyeron las risas sofocadas de los dos hermanos burlándose de la negra Mercedes, que le tenía miedo al teléfono porque creía que era cosa de brujería eso de transmitir la voz a distancia, y vaya si lo era... “Julita, yo mismo le estoy cogiendo miedo cuando suena”, le confió él al final, y casi en ese mismo instante cayó en la cuenta de que el aparato no había sonado en todo el día, y que la última vez que lo había hecho había sido la tarde anterior, de parte de Alejandro, su ayudante en el almacén, que no encontraba un rollo de seda verde de Lyon, y quería saber si se había vendido o lo habían mandado a otro sitio.

Cuando Julita se fue al fin a dormir, después de darle el beso de buenas noches -hacia poco que el reloj del pasillo había dado las doce-, él se puso la bata de terciopelo rojo con arabescos dorados y fue a la sala a fumarse el cigarrillo de medianoche: desde allí miró un momento a través del visillo de la ventana... Nadie allá abajo en la calle, ni un alma de purgatorio, ¿no era el momento propicio para irse a pasear al cementerio? “No, esta noche no”, pensó. La parte de Bogotá no iluminada aún por la electricidad se había vuelto muy peligrosa, y a él no le gustaba ir por ahí de noche solo y con revólver... Además, tenía que empezar a pensar muy bien los argumentos que muy pronto tendría que exponerle a don Guillermo.

.....

Pero ese día, jueves, debía hacer un nuevo intento de coger el toro por los cuernos, por más que ahora el indio Guayambuco lo vigilara desde la sombra, y al percibir el eco apagado de los ruidos que hacía la negra Mercedes en la cocina, volvió a su cuarto y se sentó ante el escritorio. En él, había dos hojas:

una en blanco un poco apartada, y otra en la que se veían ya varias líneas escritas con su encabezamiento. Cogió la primera y la contempló en silencio durante un rato, como si esperara ver aparecer en ella alguna figura mágica; luego la dejó en su sitio, y, tomando la pluma, se dedicó a la segunda:

"Estimado señor:

El día 5 de noviembre entré en su casa, a eso de las doce del día, para decirle algo importante: con el crédito que me concedió el señor De Cambil, representante de la casa parisina Fould Frères, acabo de cubrir las deudas urgentes que eran mis mayores dificultades: a partir de ahora voy a vender todo lo que pueda... Si en cinco meses logro vender 12.000 y cobrar 20.000 que me deben, tendré cubierto mi pasivo en Bogotá..."

De pronto se interrumpió. No, no podía concentrarse. Dentro de su mente el indio Guayambuco continuaba asesinándole a él, asesinándole de parte del señor Uribe y todos los que empezaban a dudar de su honradez, y era el mismo indio asesino que había matado a golpes de culata a sus tíos en Hatogrande. Dos víctimas, dos agonías, una más corta que la otra, ¿o habrían sido tres? Seguramente lo pensó por vez primera allá en París, en el piso de la rue Pigalle, donde vivió varios meses solo acabando de llegar, en medio de los cuadros y bibelots del tío recién muerto, el segundo agonizante, y en realidad fue luego, uno o dos meses después, cuando empezó el largo paréntesis, con el frenesí de París, los viajes y las aventuras picantes, las visitas poéticas, los libros, y el regreso a Colombia terminada la guerra... Sí, un largo paréntesis que aún no había acabado, ¿pero por qué se atormentaba ahora pensando en todo eso?

Entonces, como si esperara que el humo disipara sus temores, salió al patio a fumarse el primer cigarro del día. Desde allí, observó un gorrión que saltaba entre las ramas allá abajo en el patio, no tocado aún por el sol de la mañana. En la zona más umbría, agazapado tras unas macetas, Mambrú, el gato negro y blanco de las vecinas, vigilaba muy atento las evoluciones del pajarillo, que saltaba de rama en rama inocente ante el peligro. En un momento dado fue cosa de casi medio metro lo que los separaba a los dos, y Mambrú, en su escondite, empezó a preparar el salto, suavemente, la parte delantera más hundida que la de atrás, las patas traseras semiplegadas, las delanteras dobladas por completo. "Ese es el señor Uribe", pensó él con una sonrisa... "Y el otro, el que pica de rama en rama, soy yo, por supuesto". De pronto, algo se movió allá abajo, el gorrión se elevó en tirabuzón sobre el patio, sobre el tejado,

escapando al peligro, y mesándose la barba él lo vio alejarse, dejando que en su rostro se explayara una sonrisa tímida. Entonces, tocado por una chispa de optimismo, se preguntó si hacía bien quedándose ese día en casa, no yendo al almacén para continuar con el balance y ver si había alguna novedad... Tal vez más tarde viniera Drake a buscarlo, si es que había bajado a Bogotá. Siempre era un alivio su compañía, y más en aquellos momentos, aunque su amigo se mostraba esquivo y nervioso cuando él se ponía a hablar de sus paseos por el cementerio a altas horas de la noche, seguramente porque lo consideraba perjudicial para él, y no se atrevía a reprenderlo ni siquiera cuando, tan lenguaraz como emocionado, empalmaba con los paseos por Chantilly en compañía de Elvira bordeando la quebrada Las Delicias, mientras la luna alargaba las sombras de los dos más allá de los árboles, poco antes de alcanzar el Camellón de los Eucaliptos, donde debían girar en redondo y volver. ¿Pensaba él también que se estaba volviendo loco, como ya le pasaba a tanta gente en Bogotá?

Tal vez Drake tenía razón, y había que procurar alejarse del dolor en vez de recrearse en él y acicatearlo. ¡Pero un año era tan poco tiempo!

De pronto, antes de haber acabado el cigarrillo, lo apagó y lo dejó con cuidado sobre el bordillo de la columna. Caminando sin prisa recorrió el tramo del pasillo que daba sobre el patio, y se internó por el que llevaba a la cocina.

Cuando llegó le preguntó a la negra Mercedes, por sorpresa, en un tono guasón: “¿De modo que para usted tiene alas la música?”

La mujer dio un saltito, lanzó un grito y se giró de prisa.

“Por dios, me ha asustado. No lo oí entrar...”

Allí, mientras ella echaba carbón en el fogón, y maniobraba con las ollas y los cuchillos, los dos se miraron cómplices y risueños. Ella cortaba algo verde, seguramente habichuelas, y unos tomates rojos y redondos, así como unos aguacates grandes y lustrosos descansaban junto a la pared llena de cacerolas y sartenes de cobre, todas alineadas y relucientes.

“Dígame pues...”

“Sí, la música tienes alas, ya se lo dije, niffo.”

“¿Y dónde aprendió usted todo eso? ¿En África tal vez?”

“En África, no me haga reír. Yo nunca estuve allí...”

“¿No recuerda nada de su papá? Vino con los Diago, fueron ellos quienes lo liberaron...”

“Pero no quiso volver a África, ya lo ve usted. Todos somos de donde estamos...”. La miró con curiosidad, de espaldas, y pensó: “Sí, todos somos de donde estamos: lo mismo pensé cuando estaba en París, y hubiera querido quedarme... ¿Volveré alguna vez?” “Póngase ahí y péleme unos tomates, ya que hoy quiere hacerme compañía, niño”, dijo ella. “¿Le pasa algo raro? Años que no lo vemos por aquí en la cocina...”

“No me pasa nada, solo quiero que me explique por dios cómo aprendió usted eso.”

“¿Qué es eso?”

“Que tiene alas la música...”

“Ay, señor, no me haga desvariar más...”, se quejó ella, agitando la mano con impaciencia. “Yo qué voy a saber, si soy una negra ignorante y, como si fuera poco, vieja.”

Estuvo unos minutos callada, entregada a su trabajo, pero de pronto levantó la cabeza y lo miró.

- Claro, la música tiene alas, por eso se puede bailar. Los bambucos, al menos... Las faldas se hinchan, vuelan... ¿Ha visto a Julita cuando baila? ¿Y cuando lo hacía Elvira? ¿Es que no tenía entonces alas la música?”

Los dos bajaron los ojos, luego se miraron y sonrieron.

“Perdóneme niño por habérsela recordado...”

“No se preocupe *sumercé*”, dijo, y él pensó con fugacidad que su hermana estaba en todas partes, todo olía a ella, todo se conjuraba para que nadie la olvidara y mucha gente en Bogotá estuviera aún recordándola, recordándola y recordandosela a él... Por eso empezaba a tener miedo de que aquel sentimiento creciera y se hiciera cada vez más incontrolable, por eso tenía que hacer algo y pronto. Sería como una forma de celebrar el primer año sin ella...

La negra Mercedes lo tocó suavemente, haciéndolo volver en sí.

“Niño, he oído voces en el zaguán. Me parece que su mamá ya está subiendo las escaleras...”

Al oírla, él miró a lado y lado asustado y, sin decir nada, con el torso muy tieso, voló por el pasillo caminando a zancadas, como a veces hacen los petimetres cuando bailan el rigodón.

La negra Mercedes se quedó sola, y, dejando el cuchillo sobre la mesa, se sentó un momento a pensar. Estaba claro que algo muy grave estaba pasando; el miércoles había encontrado sentado al niño en el lecho, fumando cigarro tras cigarro... “¿Qué le ocurre, por qué está tan nervioso?”, le preguntó. “¿Quiere que le prepare un té?”. “Esto se hunde, Mercedes, esto se acabó”, le había dicho él, abatido. “¿Y su cumpleaños qué? Recuerde que es pasado mañana, ya hemos encargado el ponqué.” “¡Pero si no vamos a poder pagarlo!”, dijo él. Fue entonces cuando sonó el timbre de ese horrible aparato, interrumpiendo la conversación, y el señorito, dando un salto, corrió, mejor dicho, voló, a contestar. Luego, inmóvil en su sitio, ella lo escuchó decir, en un diálogo entrecortado con el aparato, que esta vez no podía cruzarse de brazos para dejar que los amigos de su papá lo ejecutaran judicialmente con toda comodidad. ¡Sí, que lo ejecutaran!... Con esa horrible palabra en la mente la mujer regresó a la cocina, y, al volver a cortar la carne, se hizo una pequeña incisión en el dedo. Aunque se hubiera cortado el dedo entero no hubiera importado, porque qué era eso comparado con lo que le harían al niño: ejecutarlo... ¡A él, que era el hombre de la casa! ¿Y qué sería de todas ellas, con él ejecutado? Sin duda debía ser que los jueces alineaban al reo y, pronunciada la sentencia, le disparaban allí mismo, como en la guerra. De no pocos esclavos ejecutados había oído hablar ella a su padre, en su juventud, y luego en toda su vida no había parado de ver muertos y heridos de guerra, ya de un bando ya de otro, y la mayoría eran casualmente mestizos y negros... Mestizos y negros que poco sabían de los conservadores o los liberales, pues habían sido raptados por los lanceros y, encadenados como esclavos, arrastrados a la guerra para que mataran a los del bando opuesto. La última escabechina que vio fue la de las calles de Bogotá en la guerra del 61. ¡Pero hacerle eso al niño! ¡Al cachaco más guapo de Bogotá, que no estaba en ningún bando, y que era también el más inteligente! ¡El muchacho al que ella había visto crecer y sobre el que acababa de tener ese sueño espantoso!

Anduvo espiándolo todo el día, pero él no se dejó ver. Y era extraño que otra vez se hubiera quedado en casa; por eso, ese día, cuando doña Vicenta le preguntó por él, a sabiendas de que ella frunciría el ceño, le dijo que estaba

encerrado en su estudio y que había pedido que no lo molestaran. ¡Sin duda eso era lo que él hubiera querido! Luego, sin pensarlo, se fue caminando lentamente a su cuartito en la parte más honda de la casa, junto a la cocina, levantó por un lado el colchón de su cama y sacó un bultito, un pañuelo atado por las esquinas que abrió, dejando ver un puñado de billetes muy ajados y dos o tres letras de cambio... Era todo su capital. Pensó en el momento en que se lo daría al niño, e intentó imaginar lo que le diría él. Sin duda lo iba a rechazar. Pero ella de todos modos se lo daría... Y se dijo que a lo mejor si ella le pidiera que a cambio le recitase unos poemas, él lo aceptaría. Primero pensó en "Las Golondrinas", pues aunque el niño dijera que no era del todo suyo, la llenaba de nostalgia ese poema, incluso le hacía pensar a veces en países en los que nunca había estado... Pero no, no quería ponerse triste. Por eso tal vez era mejor pedirle que le recitara a ella, y solo a ella por una vez en la vida, "Los maderos de San Juan". *Aserrín aserrán, los maderos de San Juan, piden queso, piden pan... ¡Triqui, triqui, triqui, tran!*

.....

El jueves 26 de noviembre de 1891, a las cinco de la tarde y en un piso de Bogotá, en la calle 12, la negra Mercedes, con un envoltorio en la mano, acechaba tras las cortinas al poeta José Asunción Silva, que estaba sentado ante su escritorio de caoba, con la cabeza doblada sobre el papel blanco. Unas pocas líneas destacaban al comienzo de la hoja... La mujer pensaba: "Aserrín, aserrán", con una sonrisa en los labios, y en el momento en que iba a interrumpirlo notó que él estaba muy ensimismado, apretándose la frente.

En cuanto a la hoja comenzada, sabía que estaba allí desde el día anterior, y era muy distinta de otra que había al lado, llena de una letra continua y entreverada de tachones.

Iba ya a irse, tocada por un sentimiento de pudor, cuando el muchacho barbudo levantó un poco la primera hoja, y sin querer lo escuchó recitar con voz queda, repartiendo bien el acento en cada verso:

"Una noche, una noche toda llena de murmullos,"

Ella se paró un momento, sorprendida, y no pudo evitar sonreír con una sensación de familiaridad cuando escuchó:

"de perfumes y de música de alas..."

Para los grandes amigos de El Aleph
Con todo cariño

Mapas

Rosa Jorjín

"No todo acaba. Todo empieza"

Firma Jorjín - Maruz

No todo acaba, lo que no se dijo
lo que no ha existido todavía
Son luces en la costa, abrochadas al litoral
Y lo que alumbra o se apaga
Levanta un modo de mirar al pasado
con cada hueso, cada raíz,
parte de una esperanza.
Temprano de instantes dispersos
donde las palabras frías
y templo y gesta y montaña van
en formación como equisquis solitarios,
y miradas sobre la distancia
porque las presencias sostienen menos al hombre
que los ausentes, tan parados e inquietos
al nacimiento al mundo
Y como las islas también líneas
de colores manjeados
y luego después lavados por la arena.
El día amanece, nos encara en lugares conocidos
de nuevo la vida inmóvil los puertos
y mientras la hora del suelo pasa
permanecemos sin embargo la fecha marcada en rojo
en el mapa de lo posible.

«Tienda mongola»

Las dos culturas

Darío Valencia-Restrepo

Esta ceremonia es propicia para referirme a un aspecto fundamental de la formación universitaria. Hace varias décadas, la Facultad de Minas adoptó un plan de estudios de humanidades que, con seriedad y profundidad, debía complementar la formación básica y técnica que recibían tradicionalmente los estudiantes de ingeniería. Se reconocía así la necesidad de que el futuro profesional fuera consciente en algún grado del contexto político, económico y social que propiciaría o restringiría su acción; de la importancia de orientar y aplicar sus conocimientos al servicio de su país y de su región; en suma, del deber institucional de entregar a la sociedad ciudadanos responsables.

Se trataba de volver a principios fundacionales de la antigua Escuela de Minas, cuyos egresados tanto contribuyeron a la industrialización y el desarrollo de la infraestructura de Antioquia y de Colombia en los comienzos del pasado siglo. Así lo han puesto de presente Alberto Mayor Mora en su libro *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*, y Peter Santa María en *Origen, desarrollo y realizaciones de la Escuela de Minas de Medellín*.

Palabras pronunciadas en Bogotá, el 25 de septiembre de 2009, después de recibir el Doctorado Honoris-causa, conferido por la Universidad Nacional de Colombia

Decía, en efecto, su rector Tulio Ospina, creador del lema “Trabajo y Rectitud”: “Porque en la vida práctica de todos los hombres y especialmente de los ingenieros del tipo que aquí nos proponemos formar, el carácter desempeña un papel más importante que la ciencia. La aspiración de la Escuela Nacional de Minas es que los alumnos que en ella coronen su carrera habrán de ser los hombres a quienes se confíen los más valiosos intereses públicos y privados”.

Por esos mismos años, Rafael Uribe Uribe escribía: “Remedio contra todo sólo conozco uno: educación, educación del carácter sobre todo. Nuestra crisis es esencialmente moral y no desaparecerá sino reeducando a las generaciones actuales y dando a las nuevas una educación nueva”.

Hoy más que nunca tiene vigencia la necesidad de ese tipo de formación, no solo para estudiantes de ingeniería, cuando observamos los problemas éticos del mundo y de nuestro país. La globalización nos ha traído una crisis financiera que no sólo es consecuencia de la falta de regulación sino también resultado de la codicia de banqueros y especuladores. Y también cuando observamos que los esfuerzos por construir un destino nacional se ven obstaculizados por unos conflictos violentos que no terminan, por el deterioro institucional, por el avance de la corrupción y por la anomia de sectores colombianos que no reaccionan con entereza ante graves acontecimientos políticos y de orden público.

Aquella preocupación de la Facultad de Minas por una interacción entre diversas disciplinas tenía un ilustre antecedente. Hace 50 años el científico y novelista C. P. Snow pronunció en Londres una histórica conferencia con el título “Las dos culturas y la revolución científica”. Decía el expositor que en las sociedades avanzadas del mundo occidental no podía hablarse de la existencia de una cultura común, pues no existía comunicación, a veces inclusive había más bien hostilidad, entre los científicos y los intelectuales de letras, y que esa situación podría impedir el empleo de la tecnología para resolver problemas básicos del mundo.

Agregó Snow que esta incomunicación tenía graves consecuencias políticas ya que “nos lleva a interpretar erróneamente el pasado, a juzgar mal el presente y a negar nuestras esperanzas sobre el futuro”. También consideró inaceptable que el término intelectual se aplicara solo a los letrados y se desconociese la existencia de una intelectualidad científica, y que los primeros tuvieran tanta influencia en las decisiones sociales en detrimento y desconocimiento de las

contribuciones de científicos y técnicos al bienestar de las gentes después de la Revolución Industrial.

Las articuladas y vehementes tesis de Snow crearon las condiciones para un debate internacional que todavía no termina. Para muchos era notorio que existían por doquier dos grupos fácilmente identificables: los humanistas y artistas, de una parte, los científicos y técnicos, de la otra, y que el diálogo entre ambos era inexistente.

La oposición entre ciencia y humanidades es un fenómeno relativamente reciente y tiene su origen cuando aparece una creciente especialización y profesionalización de las ciencias durante el siglo XIX. Si Descartes y Bacon en el siglo XVII toman partido por el conocimiento útil y se oponen a la filosofía especulativa y estéril, es porque también desean que esta disciplina supere la escolástica medieval, se vuelva rigurosa y busque un fundamento común con los nuevos saberes. Para confirmar lo anterior, basta tener en cuenta que unos años después Newton titula su magna obra *Principios matemáticos de la filosofía natural*.

Es lamentable que los humanistas ignoren el desarrollo científico y técnico, pero igual lo es que científicos y técnicos estén de espaldas al arte, la historia, la literatura, la filosofía. Las dos culturas de que se habla constituyen formas complementarias de conocimiento y de crítica. La rígida separación entre las diversas disciplinas y profesiones que por lo general está presente en el proceso educativo constituye un empobrecimiento intelectual, es fuente de incomprendimientos e impide la visión integradora que es necesaria para la solución de los serios problemas de nuestro tiempo. Y la complejidad de la especie exige una cultura o un cultivo común que estimule "el desarrollo armonioso de aquellas cualidades y facultades que caracterizan nuestra humanidad" como bellamente lo dijera Samuel T. Coleridge.

Transcurrido medio siglo después de la conferencia de Snow, ciertas tendencias permiten afirmar que hoy existe mayor conciencia del problema de las dos culturas y que en algunos casos puede estar cerrándose la brecha entre las mismas, aunque a ello se opongan diversos intereses políticos, económicos y académicos. Aquellas tendencias incluyen la interacción creciente entre disciplinas y profesiones, sobre todo cuando se emprenden grandes proyectos; el uso en algunas ciencias humanas de métodos y modelos antes reservados a las

ciencias naturales; y la aparición de carreras académicas híbridas que toman elementos de ambas culturas.

A propósito de los encuentros entre estas culturas, existe una anécdota de los años cuarenta relacionada con el entonces rector Gerardo Molina. La relata así el profesor Eduardo Umaña Luna: Como en el comedor de la universidad había mesas para ocho o diez estudiantes, el maestro Molina dio dos instrucciones: según la primera, estudiantes de una misma facultad no podían estar en la misma mesa; y, de acuerdo con la segunda, estudiantes de la misma región no podían estar en la misma mesa. Vislumbraba el ilustre rector la importancia de estos acercamientos entre estudiantes de carreras bien distintas.

Pero los diálogos entre disciplinas no solo son necesarios sino que pueden ser enriquecedores si pensamos en las múltiples relaciones entre ciencia y arte. Podríamos extendernos en el caso de las estructuras formales y armónicas que soportan la expresión musical de grandes obras, como por ejemplo esas dos cumbres que son “La ofrenda musical” y las “Variaciones Goldberg”, de Bach; o señalar las propiedades matemáticas ampliamente aprovechadas para la organización del sonido en composiciones del siglo XX. Sin embargo, me limitaré a una breve reflexión.

Bien se sabe que la matemática es un lenguaje fundamental para describir modos de ser de la naturaleza, en términos de ecuaciones que con frecuencia maravillan por su simplicidad y sus profundas implicaciones. Destacaríamos la ecuación de Einstein que relaciona energía y masa, la de Planck-Einstein para calcular la energía de un cuanto, y la de Shannon para medir la cantidad de información contenida en un mensaje. Cada una de ellas establece una igualdad que vincula apenas dos variables mediante sencillos términos a la izquierda y a la derecha del signo igual.

Con frecuencia se ha señalado que para el matemático la estética es un criterio de selección. En un atractivo libro titulado *Debe ser bello*, Graham Farmelo dice que las grandes ecuaciones comparten con la más refinada poesía un poder extraordinario, pues la poesía es la más concisa y densa forma de lenguaje, en tanto que las grandes ecuaciones de la ciencia reflejan la más sucinta forma de entender el aspecto de realidad física que se describe. El intenso estudio de las grandes ecuaciones permite a los científicos ver cosas que inicialmente no

advirtieron, así como la repetida lectura de un gran poema invariablemente despierta nuevas emociones y asociaciones, pues aquellas y este son un estímulo para una imaginación preparada.

Podría señalarse que el científico dice lo que está ahí, mientras el artista dice lo que no está. Pero ambos comparten la pasión y el rigor con que enfrentan sus respectivos objetos, el estremecimiento que acompaña el descubrimiento o la creación, y la paciente búsqueda de lo desconocido o lo misterioso que está por revelarse. Joseph Roux, en sus *Meditaciones de un cura de parroquia*, de 1886, dice que la ciencia es para los que aprenden, la poesía para los que saben. ¡Qué bella manera de ensalzar a ambas!

Esta relación entre ciencia y arte es igualmente compartida por Bertrand Russell en un libro de 1919: "Si se considera en forma correcta, la matemática posee no solo verdad sino suprema belleza —una belleza fría y austera, como la de una escultura— que no apela a ninguna parte de nuestra más débil naturaleza, que no posee la espléndida atracción de la pintura o la música, pero que es de una pureza sublime, capaz de la severa perfección reservada al arte más elevado. El auténtico espíritu de deleite, la exaltación, la sensación de una grandeza superior al Hombre, que es la piedra de toque de la excelencia, se encuentra en la matemática tan seguramente como lo está en la poesía."

Concluiría estas reflexiones con el deseo de que nuestra universidad, que ha venido impulsando el trabajo interdisciplinario con diferentes proyectos y grupos de investigación, intensifique el acercamiento de las dos culturas y propicie un mayor diálogo entre sus visiones complementarias del mundo y de la especie. Ojalá podamos hacer realidad lo que dice Edgar Morin en un documento de la Unesco: "El humano es a la vez físico, biológico, psíquico, cultural, social, histórico. Es esta unidad compleja la que está completamente desintegrada en la educación a través de las disciplinas y que imposibilita aprender lo que significa ser humano. Hay que restaurar dicha unidad compleja de tal manera que cada uno desde donde esté tome conciencia de su identidad compleja y de su identidad común".

ciencias naturales; y la aparición de carreras académicas híbridas que toman elementos de ambas culturas.

A propósito de los encuentros entre estas culturas, existe una anécdota de los años cuarenta relacionada con el entonces rector Gerardo Molina. La relata así el profesor Eduardo Umaña Luna: Como en el comedor de la universidad había mesas para ocho o diez estudiantes, el maestro Molina dio dos instrucciones: según la primera, estudiantes de una misma facultad no podían estar en la misma mesa; y, de acuerdo con la segunda, estudiantes de la misma región no podían estar en la misma mesa. Vislumbraba el ilustre rector la importancia de estos acercamientos entre estudiantes de carreras bien distintas.

Pero los diálogos entre disciplinas no solo son necesarios sino que pueden ser enriquecedores si pensamos en las múltiples relaciones entre ciencia y arte. Podríamos extendernos en el caso de las estructuras formales y armónicas que soportan la expresión musical de grandes obras, como por ejemplo esas dos cumbres que son “La ofrenda musical” y las “Variaciones Goldberg”, de Bach; o señalar las propiedades matemáticas ampliamente aprovechadas para la organización del sonido en composiciones del siglo XX. Sin embargo, me limitaré a una breve reflexión.

Bien se sabe que la matemática es un lenguaje fundamental para describir modos de ser de la naturaleza, en términos de ecuaciones que con frecuencia maravillan por su simplicidad y sus profundas implicaciones. Destacaríamos la ecuación de Einstein que relaciona energía y masa, la de Planck-Einstein para calcular la energía de un cuanto, y la de Shannon para medir la cantidad de información contenida en un mensaje. Cada una de ellas establece una igualdad que vincula apenas dos variables mediante sencillos términos a la izquierda y a la derecha del signo igual.

Con frecuencia se ha señalado que para el matemático la estética es un criterio de selección. En un atractivo libro titulado *Debe ser bello*, Graham Farmelo dice que las grandes ecuaciones comparten con la más refinada poesía un poder extraordinario, pues la poesía es la más concisa y densa forma de lenguaje, en tanto que las grandes ecuaciones de la ciencia reflejan la más sucinta forma de entender el aspecto de realidad física que se describe. El intenso estudio de las grandes ecuaciones permite a los científicos ver cosas que inicialmente no

advirtieron, así como la repetida lectura de un gran poema invariablemente despierta nuevas emociones y asociaciones, pues aquellas y este son un estímulo para una imaginación preparada.

Podría señalarse que el científico dice lo que está ahí, mientras el artista dice lo que no está. Pero ambos comparten la pasión y el rigor con que enfrentan sus respectivos objetos, el estremecimiento que acompaña el descubrimiento o la creación, y la paciente búsqueda de lo desconocido o lo misterioso que está por revelarse. Joseph Roux, en sus *Meditaciones de un cura de parroquia*, de 1886, dice que la ciencia es para los que aprenden, la poesía para los que saben. ¡Qué bella manera de ensalzar a ambas!

Esta relación entre ciencia y arte es igualmente compartida por Bertrand Russell en un libro de 1919: "Si se considera en forma correcta, la matemática posee no solo verdad sino suprema belleza —una belleza fría y austera, como la de una escultura— que no apela a ninguna parte de nuestra más débil naturaleza, que no posee la espléndida atracción de la pintura o la música, pero que es de una pureza sublime, capaz de la severa perfección reservada al arte más elevado. El auténtico espíritu de deleite, la exaltación, la sensación de una grandeza superior al Hombre, que es la piedra de toque de la excelencia, se encuentra en la matemática tan seguramente como lo está en la poesía."

Concluiría estas reflexiones con el deseo de que nuestra universidad, que ha venido impulsando el trabajo interdisciplinario con diferentes proyectos y grupos de investigación, intensifique el acercamiento de las dos culturas y propicie un mayor diálogo entre sus visiones complementarias del mundo y de la especie. Ojalá podamos hacer realidad lo que dice Edgar Morin en un documento de la Unesco: "El humano es a la vez físico, biológico, psíquico, cultural, social, histórico. Es esta unidad compleja la que está completamente desintegrada en la educación a través de las disciplinas y que imposibilita aprender lo que significa ser humano. Hay que restaurar dicha unidad compleja de tal manera que cada uno desde donde esté tome conciencia de su identidad compleja y de su identidad común".

Henri Meschonnic

Alfredo Chacón

1. Un paso hacia Meschonnic

Liberen a Mallarmé: bajo este título y divisa, o consigna entre anhelante e imperiosa, leí por primera vez a Henri Meschonnic. Fue hace más de diez años, en el número que el parisino *Magazine Littéraire* le dedicara, bajo el lema "nacimiento de la modernidad", al poeta de *Un lance de dados no abolirá el azar*.

El escrito trasluce una fisonomía de autor cuyos rasgos confirmarían las lecturas por venir. "Leer a Mallarmé, de una a otra época, ha ido de poetización en hiper-poetización. Del Mallarmé de Thibaudet y de Valéry al Mallarmé de los años sesenta. Una academización, para naturalizarlo francés..." Aunque se lo conozca más como profesor y lingüista, el cúmulo de las dedicaciones de Meschonnic a la experiencia y el pensamiento del lenguaje incluyen a un poeta que es también crítico de la poesía y de la poética, dramaturgo, y disidente traductor de la Biblia.

[Cuando estas líneas iban apenas por aquí, recibí un correo de Daniel Bourdon avisándome que Henri Meschonnic, de quien hablamos varias veces en París durante el pasado



diciembre y cuyas inaccesibles coordenadas personales me había ofrecido averiguar, había muerto.]

Como iba a decir, mis siguientes contactos con su obra se me dieron dentro del segundo semestre del año pasado y se los debo al azar de que entre los libros recién llegados a su librería, Walter Rodríguez me mostró un día *La poética como crítica del sentido* y, tres meses después, *Un golpe bíblico en la filosofía*. El primer título, traducido por Hugo Savino, presentado por Isabel Goldemberg y el mismo Savino, y compuesto de materiales que suponemos seleccionados por ambos, es de 2007 y pertenece al sello argentino Marmol-Izquierdo Editores. En la publicación del otro, también bonaerense pero del año 2004, convergieron la traducción de Alberto Sucasas y el acuerdo de Ediciones Lilmond con Libros de la Araucaria. En esos mismos meses conseguí en la librería francesa de Caracas el ejemplar que quedaba de *Modernité Modernité*: obra de confrontación entre historia y estética que incluye, como no suele ocurrir en la producción intelectual europea más en boga, los materiales hispanos y latinoamericanos que de hecho se corresponden con los tiempos y cuestiones de su indagación.

Pero ya en pleno 2009, y una vez leídos los libros suyos que encontré durante el reciente viaje a su ciudad, algunas de las numerosas páginas de Internet que le prestan atención me fueron enterando, primero, de que los contactos hispánicos con él habían comenzado años antes y por estos lados del Caribe, pues en 1996 la Editora de Colores, de República Dominicana, publicó *Para la poética*, y en 2000, en ese mismo país, las Ediciones Ferilibro hicieron lo propio con *Crisis del signo*. Asimismo, que existe en nuestra lengua, pero no en nuestras librerías, la edición bonaerense de su poemario *Puesto que soy esta zarza*.

¿Pero, por qué este informe, esta anticipación solapada, y el siguiente muestrario de un autor que en su país es todavía una especie de portento a la vez central y marginal, siendo por estos predios prácticamente un desconocido? Porque a lo largo de los setenta y siete años de la vida que acaba de rendir, Henri Mesochonnic, con aciertos luminosos y excesos que al pensar impetuoso le son inevitables, hizo resurgir un linaje del pensamiento europeo que parecía haberse extinguido. Y con ello aportó mucho a la salud de la cultura poética.

2. Entre un poema y la poesía

Henri Meschonnic

*De: Célébration de la poésie, Verdier, 2001.
Traducción de Alfredo Chacón*

Una reflexión sobre lo que es un problema poético se va a encontrar aquí, una reflexión sobre lo que es un poema, sobre lo que hace un poema, y sobre la necesidad vieja como el mundo y siempre nueva de reconocer la diferencia entre un poema y aquello que hace todo lo posible por parecersele. Las relaciones difíciles entre un poema y la poesía. Sí, curiosamente. Entre un poema y las cosas del sentido, entre la poesía y la filosofía. Esta misma, no es otra cosa. Una reflexión situada. Como toda reflexión.

Las cosas de la poesía le interesan a poca gente. Al menos eso es lo que se ha convenido en decir. Con la mayor frecuencia para quejarse. Es el lado un poco llorón de los poetas. Pero ante todo, siempre ha sido así. Luego voy a mostrar que no hay nada de eso. La poesía es leída por poca gente. Salvo en los períodos de confusión, cuando en apariencia la poesía le hablaba a todos porque las circunstancias, generalmente trágicas, favorecían una confusión entre el tema y el poema. Como, ante una pintura, se puede confundir la belleza de un modelo y la pintura como pintura.

La poesía no soporta ni las complacencias ni las concesiones. Si no, el poema se vuela. No hay que engañarse. Una reflexión sobre la poesía no tiene que rendirle cuenta sino al sentido que se puede tener de la poesía, al sentido del lenguaje. Este sentido es inseparable de una situación. Y esta situación es siempre precaria, siempre crítica.

En todo pensamiento hay quizás algo de panfleto, es decir de rebelión, de rechazo. Si no, es el mantenimiento del orden.

Una reflexión sobre la poesía contemporánea, sobre lo contemporáneo, no tiene que rendirle cuenta sino a la búsqueda de lo que hace el conflicto y las confusiones entre la modernidad y lo contemporáneo. La búsqueda de su propio rigor. Por eso esta reflexión es crítica.

La poesía es un puesto de observación privilegiado para todo el lenguaje, por su fragilidad, que no es solamente social sino también y ante todo ético.

Incluso es esta fragilidad ética la que hace paradójicamente a su poética. La poética.

Sería una confusión grosera e interesada, ver polémica en la crítica, como se hace comúnmente al confundirlas. Ver en la crítica ajustes de cuentas. Pues la polémica no apunta sino a poner al adversario en silencio. A hacer silencio ante él. Para conservar poderes. La polémica tiene un deber de desinformación. Lo cumple muy bien. La crítica, al contrario, hace hablar al adversario. Argumenta, discute. Porque la crítica es la búsqueda misma del pensamiento y de la libertad, pero también del sentido del tiempo a través del sentido del lenguaje.

Se piensa –se trata de pensar- no para gustar ni para disgustar, sino solamente para inventarse en el pensamiento, transformar el pensamiento, intervenir en el pensamiento.

La poesía celebra al mundo. Uno celebra a la poesía. La poesía se celebra. A sí misma. Es suficiente, para verlo, con leer lo que se hace y lo que se dice de la poesía. Y el problema poético es que este amor por la poesía es la muerte de la poesía. Es preciso denunciar este pacto mundano que se hace pasar por una de las bellas artes.

Se dice que la poesía es siempre de circunstancia. El pensamiento también. Es su riesgo, su deber, y su placer. Aquí se trata de una reflexión sobre la poesía contemporánea, situada, como toda reflexión. Uno no escoge lo que vive ni lo que se piensa, ni el espectáculo de lo contemporáneo.

Esta es una reflexión sobre el lenguaje a través de las preguntas de la poesía, tanto como una reflexión sobre lo que se hace y lo que se dice de la poesía a través de una representación del lenguaje. La de las relaciones entre el ritmo y el sujeto.

Lo que los poetas dicen del lenguaje, de la lengua, muestra todo lo que saben de la poesía. Y lo que dicen de la poesía es consustancial con lo que hacen. El todo es el retrato de una sociedad, de una ética, de una política, de una relación con el mundo, en poesía.

La poesía es uno de los lugares, y de los más reveladores, por lo que en ella está en juego, de la inteligibilidad del presente. Y no solamente del presente de la poesía, sino del presente ético y político. Esto lo han comprendido todos los que han pensado la poesía.

Lo que yo he aprendido, antes de saber como sé ahora, es que un poema que es un poema no corre tras de la poesía como los contemporáneos corren tras de lo contemporáneo. Y me bato, incluso antes de saber porqué, desde hace más de treinta años contra lo contemporáneo. Es que uno no piensa para complacer. No más que para desagradar. A menos que se confunda pensar e instalarse. Pensar, y comodidad. Lo que puede ser un auto-crotismo. Si pensar es inventarse, y no el mantenimiento del orden, con lo cual frecuentemente se lo confunde, pensar debe hacer mal, pensar hace mal. Y ante todo a quien intenta pensar.

Porque pensar, sea poéticamente o filosóficamente, o en cualquier orden de pensamiento, es inventar su pensamiento, e inventar su vida, su propia historicidad. Esto no puede hacerse sino contra las ideas adquiridas. Contra lo contemporáneo. Porque lo contemporáneo es siempre y por doquier la adición y la ganancia de las ideas adquiridas. Amalgama. Eclecticismo. Los academicismos de lo retro-como-de-lo-neo. Los dulcitos.

3. Poemas de Henri Meschonnic

*De: Dédicaces proverbes, Gallimard, 1972.
Traducción de Alfredo Chacón*

*Gran sí es mi infancia y las ramas cosechadas
una palabra atada
a los pliegues que pájaros le hacen a una noche
hasta mañana separados en conjunto.*

*Yo era la voz de los otros
admiraba la aridez
que mostraba sus flores rojas.
La araña de los proverbios
Marchaba cuarenta años detrás de un horno.
Ahora una palabra me destruye para nacer*

*y transporta de mí lo que de mí puede pasar
del lado de mi palabra
donde todavía no me conozco.
Siempre fui del otro lado
uno del otro lado.
Cada palabra desgarrar un miedo
este cambio es mi voz
me doy vuelta celebro mi voltear.
Ahora todas mis palabras
son juntas mi exilio y mi país
pasaré la vida pareciéndome a mi voz.*

*Me preguntas qué haremos cuando estemos juntos
pues ya no tendré que escribirte
juntos no me llenarán más palabras de los otros
mis ojos ya no apretarán semejanzas
falsos fragmentos de ti
donde apenas me mantengo a flote
qué haré cuando todo esto será juntos
allí seré agua mezclada con el agua
me reconoceré
sin saber la diferencia
yo que ya tengo tantas iluminaciones de ti
un álbum de inmóviles y yo quiero una continuidad
ya no te escribiré más tú eres lo que escribiré
te diseminaré en las palabras donde me reúno
mis miradas para vestirse subirán de su exilio hacia ti.*

*Mañana me empuja hacia hoy
dale una palabra él es todo el cuerpo
vivo así en palabras abiertas y derramando el pasado en porvenir
recomienzo*

*Según el amor la cama
ahí llevé la boca
la perdí antes de acostarme.*

*Dar tomar es para nosotros uno solo
allí vuelvo a hacer mi cama
más lejos la puse
más cerca la encontraré*

*Te copio lo que se que cada vez no es sino un fragmento
de lo que conozco de nosotros es siempre otro fragmento
no hay sino nosotros yendo conjuntamente inacabados.
Tu no haz llamado yo excavo los pedazos que no son nosotros
donde estamos mezclados todavía pongo aparte cada poco de ti.
Trabajando en reunirnos como se puede aislar un cuerpo puro
descubro agrego no he terminado de transformarnos
nos parecemos cada vez más.*



Euclides Valencia M.

El embeleco del “estado de opinión”

Heriberto Santacruz-Ibarra

La confusa idea gubernamental —expresada al *des-gaire*— acerca del *estado de opinión, fase superior del estado de derecho*, ha suscitado numerosas reflexiones en destacados filósofos y politólogos, las que han sido publicadas en diversos medios. En su gran mayoría adoptan posiciones críticas negativas y una que otra se pliega complaciente a considerar tal idea como una teoría novedosa. Todas, sin embargo, fuertemente coloreadas desde el punto de vista emotivo¹, como diría Perelman.

Los análisis giran fundamentalmente alrededor del contraste entre la idea del gobierno y lo que significa el estado de derecho, o el estado social de derecho; entre los conceptos de democracia y populismo. Algunos acercan la idea del estado de opinión a lo ocurrido con el nacionalsocialismo. Otros toman como punto de referencia la necesidad de controles, tanto horizontales como verticales, para evitar la siempre nefasta concentración del poder en un hombre o en un grupo dentro de una sociedad. Y, como es inevitable, todos se apoyan, de una u

Ponencia presentada en el XVII FORO NACIONAL DE FILOSOFÍA, realizado durante los días 15 a 18 de septiembre de 2009, en Manizales, Universidad de Caldas.

¹ Uso aquí la expresión de Perelman cuando se refiere al concepto de Justicia.

otra manera, en grandes clásicos de la filosofía política, del pasado o del presente.

Aunque comparto en gran medida los análisis de la mayoría y hasta participo de emociones parecidas, la reflexión que propongo la hago desde un plano diferente.

Colombia: una empresa política fracasada

Esta afirmación se puede apoyar incluso en los textos de los filósofos antiguos, pero para estas breves consideraciones me valdré solamente de tres ideas. El concepto *estado de derecho*, una expresión dicotómica que usan algunos filósofos modernos para contraponerlo al de *estado de naturaleza*. Se trataría del paso del estado de guerra al de paz, como en Hobbes. O del estado de *brutal libertad* o de *libertad sin leyes*, al estado de *civilidad*, como en Kant.

Por otra parte, tal concepto está íntimamente ligado al concepto de *contrato social*, mediante el cual se explica el origen de la legitimidad del estado y, con esto, de la autoridad del gobernante. Esta explicación se hizo necesaria al abandonarse la idea de que, de alguna manera, el origen del poder tenía conexión divina o hereditaria.

Al observar nuestro alrededor, como hizo Hóbbes cuando escribió *Leviatán*; lo que nos encontramos es algo muy parecido a lo que él veía y a lo que llamó estado de naturaleza. Sus palabras bien podrían describir la forma de vida de millones de colombianos: “La guerra—dice en el texto mencionado—no consiste solamente en batallas o en el acto de luchar, sino en un período en el que la voluntad de confrontación violenta es suficientemente declarada. (...). Las consecuencias que se derivan de los tiempos de guerra, en los que cada hombre es enemigo de cada hombre, se derivan también de un tiempo en el que los hombres viven sin otra seguridad que no sea la que les procura su propia fuerza y su habilidad para conseguirla. (...). Y lo peor de todo, hay un constante miedo y un constante peligro de perecer con muerte violenta. Y la vida del hombre es solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta.”³

³ Hobbes, Thomas. *Leviatán*. Barcelona: Altaya, 1994, pp. 107-108.

La forma de evitar semejante estado de naturaleza es mediante el estado de derecho, que se consigue al realizar –imaginativamente– un pacto o contrato, al que, en los días que corren, se llama Constitución Nacional, que sigue teniendo, como en la concepción hobbesiana, los supuestos de la igualdad y de la libertad humanas. Pero no solamente eso: Hobbes tiene claro que en el estado de naturaleza no se puede hablar ni de justicia ni de injusticia: “Donde no hay un poder común no hay ley; y donde no hay ley, no hay justicia. (...) La justicia y la injusticia se refieren a los hombres cuando están en sociedad, no en soledad”⁴.

Ahora bien, para que tal estado de civilidad se mantenga, es preciso que se cumplan las leyes a las que Hobbes denomina *leyes de la naturaleza*, que hoy llamaríamos mínimos morales y que anuncian o prefiguran lo que más tarde se llamarán derechos del hombre. Ahondar en esto me llevaría mucho tiempo, por lo que me limito a afirmar que, aunque es verdad que desde el punto de vista de Hobbes es el miedo humano a perder la vida y la libertad lo que obliga –si no se quiere perderlas–, a establecer el contrato, es también verdad –lo que no se suele tener presente–, que no se trata de cualquier pacto. El mismo Hobbes habla de derechos inalienables, que son justamente los que acabo de mencionar y a cuyo mantenimiento son indispensables los “mínimos morales”.

En muchas constituciones actuales se hace explícita la idea que acabo de esbozar definiendo al estado como estado *social* de derecho.

Hay algo más en Hobbes que me permite conectar con la tercera idea de las arriba anunciadas. Me refiero a un pasaje que también se pasa por alto cuando de hablar de Hobbes se trata y es el siguiente; “Convenir es un acto de voluntad, es decir, un acto que resulta ser el último en el proceso deliberador. Y lo que se conviene es siempre entendido como algo que está por venir y que es juzgado como algo posible por quien ha convenido realizarlo”⁵.

Ya he dicho algo sobre el estado de civilidad como contraparte del estado de naturaleza. También del estado de derecho como consecuencia de un pacto que da legitimidad al poder del gobernante. Quiero ahora referirme a la idea que Lon L. Fuller tiene del *derecho*. Este autor lo considera como “la empresa

⁴ *Ibid.*, p.109.

⁵ *Ibid.*, p.117.

de sujetar la conducta humana al gobierno de las leyes". Al hacer énfasis en el concepto de *empresa*, lo que Fuller nos está diciendo es que, como explica más adelante, "A diferencia de las más modernas teorías del derecho, esta opinión trata del derecho como una actividad y considera a un sistema legal como resultado de un esfuerzo continuo encaminado a un fin"

Fuller propone esa idea de derecho para contraponerla a otras, por ejemplo, la de que el "derecho consiste en la existencia del orden público", o la que considera la fuerza como lo distintivo del derecho, es decir, el carácter coercitivo del sistema jurídico. Que estas ideas hayan hecho carrera es lo que justifica plenamente la calificación explícita de que cuando se habla de estado, como en Colombia, se hable de estado social.

Con sólo estos pocos elementos podemos comprender por qué afirmo que Colombia es una empresa política fracasada. No hemos podido salir completamente del estado de naturaleza, como lo evidencia, tanto el estudio de nuestro pasado —como el que ha hecho Pardo Rueda en su *Historia de las Guerras en Colombia*—, como el hecho hoy real de la existencia de miles de individuos armados, tanto de izquierda como de derecha.

Evidencia de lo mismo son la nueve constituciones de "diámetro nacional" —como las denomina Carlos Restrepo Piedrahita—, que van desde la de 1821 hasta la de 1991, ya vuelta jirones, de manera especial en los últimos años. ¿Por qué —a mi entender— ha fracasado esta empresa de sujetar la conducta de los colombianos al gobierno de las leyes? Por una razón muy simple, explicada desde los comienzos de la filosofía política.

Casi todos los autores: Platón, Aristóteles, Polibio, Cicerón, Maquiavelo, Hobbes, Montesquieu, cuando se refieren a uno de esos temas recurrentes, como los llama Bobbio, a saber, el de las formas de gobierno, clasifican entre éstas, aunque con variantes, la monarquía, la aristocracia y la democracia, formas todas positivas, y las correspondientes degeneradas o negativas: la tiranía, la oligarquía y la olocracia, término este último usado por Platón y por Aristóteles, que no hizo carrera, pero que significa, "gobierno de la muchedumbre o de la multitud" ¿Por qué se degeneran las formas positivas? Porque se deja de atender al bien común y se atiende al particular. Porque en vez de la utilidad pública, lo que prima es el interés de los gobernantes.

Puesto que para los autores mencionados no hay una forma pura de gobierno que sea óptima, la mejor será un gobierno mixto, que combine las mejores ventajas de cada una de las tres, que es lo que finalmente viene a cristalizar en la obra maestra de Montesquieu, fuente del constitucionalismo moderno y que ha sostenido a los países civilizados y que bien vale la pena recordar en estos momentos tan ingratos que se viven en Colombia:

Cuando el poder legislativo y el poder ejecutivo se reúnen en la misma persona o el mismo cuerpo, no hay libertad; falta la confianza, porque puede temerse que el monarca o el senado hagan leyes tiránicas y las ejecuten ellos mismos tiránicamente. No hay libertad si el poder de juzgar no está deslindado del poder legislativo y del poder ejecutivo. Si no está separado del poder legislativo, se podría disponer arbitrariamente de la libertad y la vida de los ciudadanos; como que el juez es legislador. Si no está separado del poder ejecutivo, el juez podría tener la fuerza de un opresor. Todo se habría perdido si el mismo hombre, la misma corporación de próceres, la misma asamblea del pueblo ejerciera los tres poderes; el de dictar leyes, el de ejecutar las relaciones públicas y el de juzgar los delitos o los pleitos entre los particulares.⁶

Lo que a ninguno de los distinguidos filósofos se les ocurrió fue que pudiese haber una combinación de los peores vicios de cada una de las tres formas desviadas de gobierno que, en muchos aspectos, es la que se ha dado en Colombia, con escasos períodos de excepción. Si esto es así, me parece que la discusión de los filósofos y politólogos colombianos a quienes me refería al comienzo, siendo válida, no deja de ser apropiada más que en los ámbitos académicos y se deja caer dentro de la estrategia gubernamental ya conocida: la de desviar la atención hacia la periferia de los problemas, razón por la cual llamé estas notas con el título *El embeleco del estado de opinión*⁷, en el que la palabra *embeleco* hay que entenderla en las acepciones 1 y 3 del diccionario de la RAE, es decir: *Embuste, engaño y Juego, enredo, montaje, complicación.*

⁶ Montesquieu. *Del espíritu de las leyes*. México: Editorial Porrúa, 1977, p.277.

⁷ En lo que me distancio un poco de Álvaro Fureiro Tascón. ¿La fase superior del... populismo? *El Espectador*, agosto 9 2009

Representación y participación

Se nos ha dicho que “El equilibrio entre la democracia participativa y la democracia representativa ha logrado que la opinión pública, en creciente actividad, sea el factor determinante del producto legislativo. Es una democracia de opinión en la determinación del contenido de las leyes”.

Es verdad que desde hace mucho tiempo buena parte de los colombianos han participado en la elección, más o menos fraudulenta, de lo que Gaetano Mosca llama “la clase política”, es decir, de “la minoría organizada que gobierna, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta de la ventajas que van unidas a él”. Digo más o menos fraudulenta porque todos sabemos de las truculencias mediante las cuales los líderes políticos consiguen su representación, más en los últimos años, si tenemos en mente el fenómeno paramilitar y el del dinero que viene del narcotráfico, que no ha servido para salir del estado de naturaleza, como traté de mostrar antes. En la clase política colombiana habría que incluir a los grupos subversivos, tanto de derecha como de izquierda.

Aunque la Constitución del 91 incluye distintos mecanismos de participación, respecto de lo cual mucho habría que decir, quiero enfocar este tema desde otro ángulo, a saber, el del artículo 86, que es el que establece la *tutela*, como mecanismo de protección de los derechos fundamentales.

Del mero hecho del abrumador número de tutelas interpuestas por las personas colombianas podríamos inferir la misma idea anterior, según la cual Colombia es una empresa política fracasada. Es algo que en un país en estado de civilidad causaría indignación, pues lo que muestra ese número es, ni más ni menos, que los poderes ejecutivo y legislativo son enemigos de los colombianos, que tienen que estar clamando por el reconocimiento de los derechos que la misma Constitución les ha otorgado. Este hecho nos muestra que la participación, entendida en el sentido de que las personas colombianas logren finalmente convertirse en ciudadanos no pasa de ser una ilusión. Es en este sentido en el que es preciso entender la idea de participación. Sólo cuando las personas son ciudadanos pueden participar de la vida pública, del estado de derecho. Es a este sentido de participación al que muchos de los clásicos le han llamado virtud cívica y que en nuestra Constitución aparece como un deber y no como un derecho.

Hechos como éste explican el fervor en las circunstancias actuales del alto apoyo al gobierno, puesto que por primera vez en los últimos años —ya se había dado algo semejante durante la dictadura de Rojas Pinilla— el gobernante se acerca al “pueblo” y las voces de los individuos anónimos se escuchan de alguna manera y sus “vidas solitarias, pobres, desagradables, brutales y cortas”, sus opiniones, parecen ser tenidas en cuenta. Por desgracia no es más que un puro embeleco, pues la opinión no es la expresión de deseos insatisfechos, sino la de ideas respecto de decisiones difíciles “de trascendencia nacional”, como puede ser la de la instalación de bases militares extranjeras en el territorio nacional.

Por otra parte, si aceptamos la idea que del derecho tiene Fuller, arriba mencionada, tendremos que aceptar que la Carta constitucional es fundamentalmente un texto pedagógico que busca convertir a las personas en ciudadanos mediante el ejercicio pleno de la participación en la vida pública, que no es otra cosa que el estar cobijados por las normas y viviendo según ellas.

Pienso que, en términos contemporáneos, esa idea de *participación* se corresponde con la de *cooperación*, en la idea de sociedad bien ordenada de Rawls, quien la concibe como “un sistema equitativo de cooperación.

No obstante la precariedad en algunos aspectos de la Constitución de 1991, su articulo 197 es de carácter estructural, pues su modificación habría exigido un ajuste sustancial en otros muchos aspectos para mantener el equilibrio y el control del poder como lo pensó Montesquieu, lo que no se hizo.

Unidos a este tema de la participación ciudadana y de la opinión hay otros dos a los que quiero referirme. El primero es el de la indiferencia o insolidaridad y el segundo es el del para-militarismo.

El primero se puede ilustrar con el vía crucis del profesor Moncayo y su hijo —y en general con el del secuestro— que, como el caso de las tutelas, produciría indignación en un país en estado de civilidad. La indiferencia, tanto de la clase política, como de los gobernados, como de los verdugos, no es más que una muestra del grado de postración de la sociedad colombiana, impía. Cuando se habla de opinión necesariamente se habla de diálogo, de interlocutores en busca de la clarificación de ideas, de deliberación para una mejor acción, en una situación de relativa simetría. Sin embargo, lo que tenemos en nuestro estado de naturaleza es la imposición, en muchas ocasiones a sangre y fuego, de unos sobre otros.

Tal el caso de los paramilitares. Envés macabro de las guerrillas de izquierda, lograron permeare amplios sectores de la clase política hasta el punto de que se podría decir que ellos ganaron la batalla. El fenómeno del paramilitarismo no son solamente los 30 o 40.000 hombres armados de los que se habla; es algo más profundo. Si bien es verdad que, como las guerrillas y contra ellas, aterrizaron a la población e impusieron su poder armado, en este proceso han estado acompañados de una amplia "opinión pública" —en el sentido de expresión de deseos que señalé antes— agotada de cincuenta años de vesánica crueldad de las guerrillas.

Si lo anterior es así podría entonces aceptarse como cierta la doctrina de que "el estado de opinión es la fase superior del estado de derecho", sólo que habría que agregar que se trata de la opinión paramilitar.



Euclides Valencia M.

Historias de Tel-Aviv

Lia Master



Cuando nos pasamos, éramos los más jóvenes del edificio más viejo de la calle Ezequías en el norte de la ciudad. Los demás apartamentos estaban habitados por personas que habían llegado al país hacía años y años. Nuestros vecinos de piso eran un hombre y una mujer, polacos creo, que tenían tatuado en el brazo el número que los marcó como sobrevivientes para siempre, no hablaban ni pizca de hebreo y pasaban horas y horas larguísimas cuidando una veintena de gatos callejeros que habían adoptado y que ya se veían gordos y mimados. En el piso de arriba vivían la señora Iudit y la señora Miri, dos mujeres grandes y solas, ambas pensionadas, cada una en su casa, salían poco y poco usaban el teléfono, pero desde sus respectivos balcones controlaban todo lo que ocurría en el edificio, quién entraba y quién salía, cuándo pasaba el carro de la basura, a qué horas llegaba la mujer que limpiaba las escaleras del edificio dos veces por semana y también por qué salió con la toalla su marido, para dónde iba tan temprano, fue hoy a la playa, no ha encontrado trabajo todavía, paciencia, paciencia, ya encontrará su lugar, todos lo encontramos, y uno con los ojos volteados para arriba por culpa de la buena educación recibida les contestaba rapidito para

salirse de su campo visual y facilitarles el paso a otra cosa. De balcón a balcón saludaban, conversaban la una con la otra y comentaban desde las noticias que oían en el radio hasta los mínimos detalles de la vida del barrio y descueraban yernos y nueras. Desde ahí también nos cobraban cada mes a los demás inquilinos la plata de la administración, interrogaban a vecinos de otros edificios y se pasaban platos con comida para que la otra probara lo que habían preparado para el almuerzo, para la visita de los nietos o la cena del Shabat.

En el último piso había un apartamento de un solo cuarto vacío y muy sucio, plantado en la mitad de la terraza, rodeado de los tanques del agua caliente de todos los apartamentos con sus paneles solares, los cables para tender la ropa en el verano y un par de antenas de plato de la televisión satelital. Hasta allá arriba no llegaban los gatos de los polacos, pero bajaban volando a descansar tórtolas, palomas y golondrinas y a dejar un reguero de caca que se veía por todo el piso, en el techo y hasta en el plano vertical de las paredes.

Y así estaban las cosas cuando la vimos por primera vez. Sarit era bonita; rubia y crespa, de ojos grandes y verdes. Ni alta ni bajita, ni gorda ni flaca. Era llamativamente amable y cortés y de sonrisa fácil y cuando pasó junto a nosotros por la escalera temprano en la mañana dejó a su paso un olorcito rancio a fruta y verdura, que fue rápidamente registrado en la inmediata conversación matutina desde los balcones. Sarit se había instalado en el cuartucho del techo y las dos señoras estaban conmocionadas porque no habían sido informadas de su llegada por el dueño del apartamento de la terraza. No les gustó Sarit. No les gustó su llegada nocturna y silenciosa. No les gustó que rompió su vigilancia. Les molestó tanto tanto que empezaron a hacer campaña en el edificio para molestarla a ella también.

Así que pocos días después aparecieron ambas en el quicio de la puerta. Vinieron de noche, tarde, después de que vieron a Sarit salir del edificio. Venían a pedir que no habláramos con ella, que ni la saludáramos, que era sucia, que en el techo había ratas y cucarachas y quién sabe qué más, que hacía cosas raras, que nosotros tan simpáticos y tan queridos, tan educados y amables, que no como esa, que salía tarde por la noche y se perdía en la oscuridad del jardín, que habrase visto, qué podría estar haciendo alguien bien en el jardín a esas horas de la noche y además, tan rara y sospechosa, siempre bajaba cargada de cosas, bolsas y cajas, y cuando volvía a entrar al edificio llegaba de manos vacías. No, no, ellas no le habían preguntado qué era lo que hacía allá atrás tan

tarde por la noche, faltaría más, tener que hablarle a esa. Lo que querían era que se fuera como había llegado, pero no habían logrado convencer al dueño del apartamentico del techo de que la sacara de allá porque el señor era tío de esa cosa con patas y ojos y melena, ah, y el olor, que no podía faltarles el comentario.

Y en esas estábamos, todavía en el rellano, oyendo y oyendo, cuando aparecieron en el hueco oscuro del fondo del corredor la mata de pelo revuelto y la sonrisa fácil. Se acercó con las manos y la cara llenitas de la arena del desierto que los primeros que llegaron a estas dunas escondieron hace años debajo de las matas verdes del jardín, y nos pidió a todos ayuda para llenar con basura orgánica un hueco enorme que había abierto en la parte de atrás del edificio. Para hacer compost, para que haya tierra donde hoy hay sólo arena, para que el suelo sea rico y bueno y las plantas saquen la comida de la tierra, como Dios manda, y no de las mangueritas que puso el jardinero cuando las sembró, para mejorar el mundo, para querer nuestro piso, para que los niños vean y aprendan, para que haya futuro. Y entonces fue el silencio y mi sonrisa.

Tel Aviv, agosto 20, 2009

II

De familia verde había nacido éste. Padre y madre y dos hermanas mayores, todos todos comprometidos con la conservación de lo que queda del medio ambiente. Eran vegetarianos y la consigna era no comer nada que antes se hubiera movido o que su consumo implicara su anterior sacrificio, así, en esos términos. La madre estaba continuamente averiguando qué podía prepararle a la familia para llenar las cantidades de proteínas que exige toda dieta equilibrada, sin traicionar su credo. Reciclaban de todo, bolsas y plástico, latas, papel, vidrio, pilas, bombillos, residuos orgánicos. Parece fácil, pero no, no era para nada fácil. Se la pasaban envidiando a los europeos porque allá en todas partes las municipalidades sí facilitan la recolección de productos reciclables y el ciudadano común ya ni se fija en eso de tan cotidiano que es. No como aquí. Así hablaban y eso decían. Andaban siempre en bicicleta o en patines. Hacía apenas unas semanas que el papá había empezado a moverse por las aceras de la ciudad usando una patineta eléctrica que recargaba por las noches en la sala de la casa, lamentando el consumo extra de energía y soportando la cantaleta de mamá por culpa del desorden. Nunca habían tenido carro, cómo se le ocurre,

con lo que contaminan, y cada uno se cree con derecho a ensuciar lo suyo y además fíjese y verá cuántas personas viajan en cada carro, una o dos a lo sumo, nunca más de eso, como si se fueran a podrir si se pusieran de acuerdo con vecinos o familiares o amigos para compartir los carros y ensuciar menos o si usaran los buses y taxis del transporte público. Y fuera de eso están todos los problemas que nos ahorramos, no nos engaña ningún mecánico, ni siquiera nos enteramos de cuánto subió la gasolina, no somos cómplices de los regímenes tiránicos, enemigos y no tanto, que controlan los precios internacionales del barril de petróleo, no pasamos horas interminables buscando dónde estacionar, nunca hemos tenido que pagar ni una sola multa. Allá cada cual. Y además con lo bueno que es andar a pie o en bicicleta y mucho más en esta ciudad que es chiquitica y plana como tabla y donde casi nunca llueve. Resulta francamente incomprensible, le decían a todo el que quería escuchar y también al que no quería y se resignaba a oír el discurso verde con la misma paciencia con la que se oye un sermón.

Familia verde verde, pero él no. No era verde. No era ni cinco de verde. No le interesaba la ecología, ni la naturaleza, ni le gustaban los fines de semana en los que tenía que acompañar a su familia a la playa no a disfrutar de sol y olas sino en misión, a recoger la basura que los demás habían tirado a la arena y al agua mientras pasaban rico. No le daban ni pesar ni temor los peces muertos en el río por culpa de algún contaminador industrial. No le preocupaba nada el aire sucio que había respirado desde antes de nacer. Le parecía que así habían sido las cosas siempre y que así iban a seguir siendo, que en la naturaleza de los humanos está el adaptarnos a todo y que el mundo se iba a tener que acomodar a las condiciones que impusiera el progreso de la especie. Y ya.

Él lo que quería era un carro. Ese era su único deseo, su sueño secreto y dorado. No podía ni mencionarle el asunto a su familia porque sabía cuál iba a ser la reacción de ellos y para qué. Papá y mamá y también las dos hermanas siempre le habían ayudado en todo, pero sobre el asunto del carro tenía total certeza de que nadie iba a mover ni un dedito. Por eso él había hecho esfuerzos solo. Había ahorrado y ahorrado. Durante años guardó parte de la plata que recibía cada semana de sus padres cuando aún estaba en el bachillerato y sus amigos se la gastaban toda y más en fiestas, ropa, juegos de video, viajes, viejas. Él no. Él había puesto a un lado parte de su oxiguo sueldo de soldado mientras duró la eternidad de su servicio militar obligatorio. Y nada de estudiar

en la universidad, una verdadera pérdida de tiempo. Él quería un carro y lo quería bueno y lujoso. No quería un carrito, no una carrocería con ruedas y pito. No, no y no. Quería una máquina, potente y orgullosa. Rojo. Brillante. Y sabía exacto qué marca y qué modelo, que para eso año tras año revisaba qué le cambiaban, qué mejoraban, que le quitaban, qué le ponían. Y lo iba a lograr. Ya estaba trabajando en una buena empresa después de haber lavado platos en una pizzería, de meseriar por las propinas, de haber limpiado casas porque eso es lo que más plata da, de haber puesto su pecho de guardia en la entrada de un centro comercial en la época en que los asesinos suicidas se volaban por los aires y se llevaban por delante a quienes se hubieran puesto al alcance de su ira fanática. Todos viajaban a ver el mundo y él no. Él sabía lo que quería y también sabía para qué. Ya viajaría, ya llegaría su hora, ya habría tiempo para novias y parrandas. Ese carro rojito y brillante le iba a abrir la puerta de la felicidad y la libertad anhelada. No como papá y mamá, no como las dos chicas. Él sabía, él estaba seguro.

Entonces llegó el día en que le consignaron en su cuenta de banco el último sueldo y con ese completaba lo que necesitaba para entrar por la puerta de vidrio del concesionario italiano y salir montado en su carro. Miles de veces lo había mirado desde afuera, como los niños pobres miran la comida a través de la ventana de un restaurante en algún lugar del tercer o cuarto o quinto mundo. Pero no esta vez porque hoy iba por él. No importaba ya nada, ni la cara de mamá cuando supiera ni la de papá, ni la de una hermana o la de la otra, y quién se iba a preocupar ahora de ambientes y medios, de amigos y novias y viajes. Él iba a salir de ese local montado en ese carro impresionante y se iba a ir lejos, iba a volar, a realizar su sueño.

Firmó papeles uno tras otro, pagó con orgullo y en efectivo y ahí mismo le entregaron las llaves. Con emoción indecente se sentó en el puesto del chofer, puso en marcha el vehículo y salió del almacén. Despacio y controlando impulsos y ganas para no atropellar a ningún peatón pobrecito y elevado descendió la rampa hasta la calle que estaba como siempre llena llenita de carros. En el momento en que él y su carro rojo brillante y nuevecito se hundieron en el río de carros que fluía lento pero continuo desde siempre por las calles y avenidas de esa Tel-Aviv ardiente, el nudo endemoniado del tráfico se cerró y ya nunca volvió a abrirse. El de él fue el último carro. Era el que faltaba para que ya no quedara ningún espacio vacío por el cual moverse. Peatones y ciclistas pasa-

ban al lado de conductores y coches atrapados en esa maraña inmóvil de fierros y gente y se morían del pesar y también de la risa.

Jerusalem, agosto 20, 2009

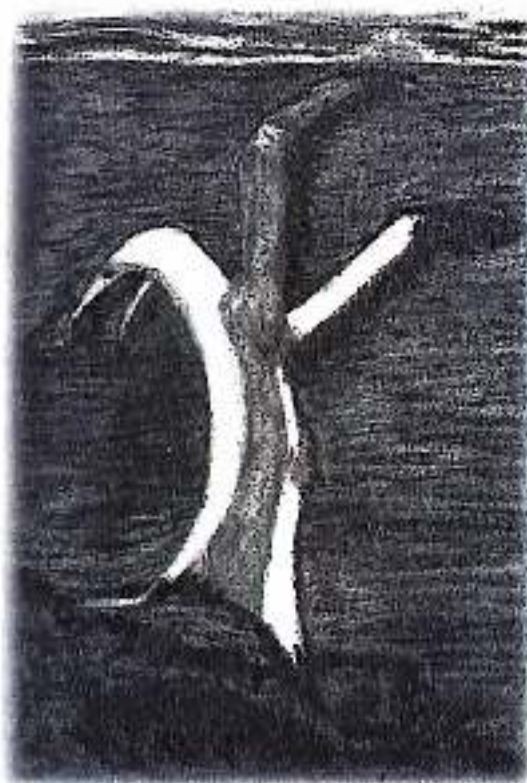
III

Para Ruthy, Tanya y Susy

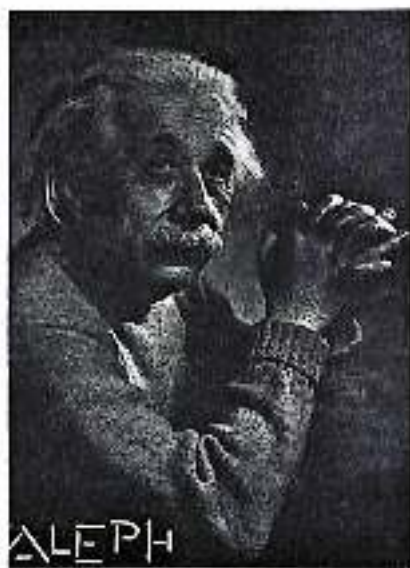
Ahí están las tres para que las vea el que quiera verlas. Tres amigas que nacieron y crecieron en Medellín, hoy se encuentran después de tantos años en el puerto viejo de Tel-Aviv. Hasta hace poco se veía mal el puerto, bodegas abandonadas y caídas, un muelle destrozado por la fuerza de las olas y el viento, calles rotas y llenas de piedras y arena, un lugar desapacible, como de cuento. Pero hoy las tres mujeres se sientan en uno de los bancos de cemento gris, redondos y suaves que evocan ballenas o algo así y que están desperdigados por toda la Taielet, el paseo que se estira a lo largo de toda la playa, desde la vieja Iafó al sur hasta la nuevita Tel Baruj al norte. Restaurantes de lujo y no tanto, cafés, heladerías, almacenes de todo se encuentran por todas partes ocupando las bodegas ya restauradas con vitrinas enormes que miran hacia el paseo y también hacia las aceras de calles bien pavimentadas donde circulan carros bonitos y camina la gente, gente, gente. Es pleno verano y el calor pegotudo y espeso ha bajado un poco en las últimas horas de la tarde. Las tres miran detenidas el azul azul del Mediterráneo mientras el plato rojo del sol emprende su viaje hacia el otro lado del planeta. A sus espaldas avanzan al ritmo agudo y monótono de la voz de un rabino las siete bendiciones que bajo el palio de velos blancos consuman el matrimonio de una mujer también de velos y velos y blancos y blancos, y un hombre todo de negro, muy elegante él y tan bonita ella. Todo el que pasa se detiene a mirar la boda con sonrisita en la cara. Hay antorchas decorando y astas con telas blancas alrededor del recinto donde se apiñan invitados, novios, familiares y amigos, y los curiosos afuera. Las tres mujeres ya miraron, se fijaron en los pequeños detalles y en los otros, comentaron, hicieron conjeturas, criticaron y le dieron la espalda a la pareja de jovencitos que mira desde hoy al futuro con una mirada nueva, o eso se supone. Ellas están ahí juntas por otra cosa. Son amigas de siempre, de infancia y adolescencia, son hermanas. No se ven mucho, no pueden, pero cada vez que logran encontrarse se separan con una alegría vieja e invariablemente renovada. Hablan y hablan de allá y de entonces, de los amigos que todavía están allá, de los

que están regados por el mundo, y también de aquí y ahora, trabajo, hijos, maridos y novios, la política, el clima, tomémosnos un café, con torta sí, con torta no, la dieta. Y entonces, el novio a sus espaldas rompe de un pisotón la copa de cristal y los aplausos y los cantos de alegría y felicitación y alguien libera unas decenas de palomas que por pocos minutos llenan el aire todo. Las mujeres las ven alejarse contra el cielo azul oscuro y hablan de palomas, de lo cursi y se ríen, se ríen. La última que ha llegado cuenta que en Colombia ahora está de moda, muy de moda, soltar mariposas en las bodas y yo no puedo dejar de recordar las veces que vi mariposas en largas caminadas por el campo, por la selva, alimentándose de caca y entonces la risa por dentro. Otra voz cuenta la historia de una pareja de jovencitos allá que querían estar a tono pero no tenían dinero. Invitaron montones de gente a la fiesta de su boda y en el momento en que se terminó la ceremonia alguien soltó las abejas de un panal y los invitados todos salieron huyendo y los dos jovencitos se ahorraron lo del banquete. Boba, dijeron las otras dos entre risas y la brisa suave que se mete entre las calles del puerto hasta bien adentro de la ciudad y que todos agradecen les movió el cabello y se llevó con ella las risas de las tres mujeres sentadas frente al mar.

Tel Aviv, agosto 24, 2009



Esculturas Valencio M.



Notas

Lectura, escritura y libertad de expresión en las Américas (por: Rubén Darío Flórez A., secretario general del PEN-Colombia). Evento del PEN-Colombia y del WIPC, en San José del Guaviare, Col. El día viernes 25 de septiembre en la ciudad colombiana San José del Guaviare por iniciativa del PEN Colombia, y de la Maestría en Educación de la Universidad Nacional de Colombia, se realizó un evento sobre escritura y libertad de expresión. Fue presentada la campaña por la libertad para escribir en las Américas y la campaña del WIPC para la libertad de Aung Saan Suu Kyi, líder budista birmana.

Varios escritores y escritoras de la región, así como profesores de la ciudad leyeron sus textos.

San José del Guaviare distante región colombiana, atraviesa una situación de

grandes desafíos sociales y económicos. En el pasado reciente la brutalidad del conflicto armado produjo una de las mayores tasas de asesinatos en Colombia. Los grupos indígenas guayabero y nukak maku fueron amenazados por las fuerzas irregulares y regulares en conflicto. Varios frentes de las FARC han operado en la región.

Ocurrieron asesinatos de indígenas a quienes se consideraba informantes, sólo por el hecho de haber recibido bienes de escaso valor, "regalos" entregados por quienes querían de estos indígenas que no conocen el valor del dinero, información sobre movimientos del bando contrario.

Los agricultores de la región fueron obligados bajo amenaza de muerte a entregar sus tierras a los paramilitares aliados con el gobierno departamental.

Políticos asociados con paramilitares se apropiaron de grandes extensiones para la producción de palma africana.

La lucha por el control de los territorios que producen insumos para la cocaína con destino a los mercados en EU, desestabilizó la región.

La ley no escrita del silencio producida por el terror desatado se apoderó del Guaviare. Así lo manifestó uno de los asistentes al evento organizado por el PEN Colombia. Fue afectado seriamente el clima para la libertad de expresión de los ciudadanos y ciudadanas. No decir era igual a sobrevivir.

Las metáforas pueden ser una buena fuente de información, el alias del jefe paramilitar de la región es "cuchillo". Este emblema visual es la referencia sobre sus acciones en la región y sobre el modo como construyó su poder. Cuchillo fue aliado y socio comercial de Oscar López Cadavid. Al respecto el ex fiscal Mario Iguarán declaró en 21 de marzo de 2009, en publicación de la revista *Semana: Oscar López Cadavid ex gobernador del Guaviare se valió de sus actividades comerciales y las puso al servicio de un proyecto de las autodefensas lideradas por Vicente Castaño, dada la afinidad que mantuvo con él.*

Tal era la situación hasta fecha reciente. El evento impulsado por PEN Colombia, contó con la participación de ochenta personas. Se realizó en el Centro Cultural de San José del

Guaviare, en el centro de la ciudad. Participaron profesores, escritoras y escritores de la región y miembros de la comunidad.

Fue escogida como figura emblemática del evento, la profesora universitaria, pensadora budista y líder política de Myanmar, Birmania, Aung San Suu Kyi. Su ejemplar actitud de prédica de no violencia y su liderazgo político y espiritual para devolver la democracia a su país, sirvieron de marco de referencia al evento.

WIPC de PEN International, ha realizado una vigorosa campaña en el mundo exigiendo el retorno a la libertad de Aung San Suu Kyi, premio Nobel de 1991. El evento en San José del Guaviare se adhirió a esta campaña internacional del WIPC.

Diez profesoras y escritores de la región leyeron sus textos sobre la escritura y sobre los acontecimientos ocurridos en la región. Algunos fueron estremecedores por las escenas narradas sobre la violencia. El filósofo y escritor de la región Omar Meneses leyó un texto dedicado por él a Aung Sang Suu Kyi. Blanca Ligia Suárez presentó su relato sobre acontecimientos ocurridos en el Guaviare, *las botas de lucho*. También el poeta Álvaro Mojica conmovió a los presentes con una anécdota dramática sobre asesinatos brutales cometidos en el pasado reciente.

Hubo intervenciones musicales especialmente preparadas para el evento.

Los textos leídos y la expectativa reflejada en el rostro de los participantes crearon una atmósfera emotiva que mantuvo desde las siete de la noche hasta pasadas las diez, a todos los asistentes profundamente atentos y cómplices con las lecturas.

Hacia las diez de la noche, un campesino del Guaviare, provocó emotivos aplausos entre los asistentes, improvisando un relato de cinco minutos. Contó que para él se trataba de la primera oportunidad para narrar su experiencia sintiéndose libre, hablando sin tapujos.

Como lo señalaron los participantes y asistentes al encuentro literario, hacía mucho tiempo que no vivían la emoción de un encuentro literario y de expresión.

El secretario General de PEN Colombia presentó la campaña: "Libertad para escribir en las Américas" y la delicada situación que atraviesa la libertad de expresión y de escritura en las Américas.

La convicción de los autores reunidos allí, en la fuerza transformadora de la escritura, puede resumirse bien en el título de una de las narraciones presentadas: *si sucede en los libros sucede en la vida*.

En el encuentro "Escritura, lectura y libertad de expresión" participaron los siguientes autores con sus respectivos textos: 1. Claudia Ladino: "Una experiencia difícil pero enriquecedora"; 2.

William Escalante: "1979"; 3. Omar Meneses: "La lectura, la vida y la muerte: muerte en la lectura"; 4. Álvaro Mojica: "Inexperto"; 5. Luz-Mary Ortiz: "Sucede en los libros, sucede en la vida"; 6. Francly Turriago: "Encrucijadas, un reto de inserción en la escuela"; 7. Éneried Liz: "Empezando la tarea"; 8. Jainer Acosta: "Anécdota"; 9. Martha Pulido: "Café Internet converso.com"; 10. Blanca-Ligia Suárez: "Las botas de Lucho".

Cinfin (En memoria de Cintio Vintier; para: Fina García-Marruz. Escribe: Álvaro Castillo-Granada). ¿Te estabas despidiendo, verdad, Cintio? ¿Querías decirme adiós ayer, el primer día del mes de octubre, en la mañana, cuando me detuve antes de salir camino a la librería, frente a la biblioteca donde están una parte de mis autores cubanos, donde estás tú, Fina, Lezama, Dulce María, Carilda, Fayad, Luis Rogelio, Gastón, Cleva, Fefé...? Miré tus libros, me senté en el piso y los saqué todos y los puse frente a mí, en una hilera, en el mismo orden de estatura en que se acompañan. Los abrí uno por uno y leí cada una de las dedicatorias; encontré, sabes, unas fotos que ya había olvidado, unas que tomé el día del lanzamiento de *Epifanias*, tú rodeado de niñas de colegio, firmando libro tras libro... Les quité el polvo que siempre se acumula, ese que nos muestra que el tiempo hace sus huellas, y los volví a acomodar.

Mirarlos, ver las fechas y el lugar en donde los compré, es sumergirme en la memoria, sentir que ha sido mucho el tiempo que ha pasado y que ha sido más, demasiado más, lo que hemos compartido, los tres. En la noche, cuando llegué a mi casa, encendí el computador y abrí el correo electrónico. Un mensaje sin asunto se distinguía entre todos. Era de Betania: "Álvaro. Cintio Vitier murió en horas de la tarde. (...)". ¿De manera que te has ido, descansaste al fin, que ya haces parte de la eternidad? ¿Por eso miré tus libros esta mañana? ¿Fue tu manera de decirme adiós? Guardé silencio un momento. Cerré mis ojos que poco a poco se van haciendo lágrimas. No puedo hacer un recuento de todos estos años. Y eso me parece perfecto: habitas en esa parte de mi memoria donde se guarda el tiempo del día a día, el de la vida compartida sin afanes, el de lo que nos abriga siempre. Hay muchas imágenes. Me quedo ahora con dos. Fina, Cleva, tú y yo en el patio del convento de San Francisco, en junio de 1996. Los cuatro sentados en un banco. Cada uno con una cajita de merienda, comiendo croquetas de pollo, hablando de Camilo Torres, cuya vida y obra tanto los ayudó y acompañó en el camino de la revolución. La otra, la última, de hace apenas dieciocho días. El 12 de septiembre, en la sala de tu casa. Fina fue un momento al estudio a buscar un libro que me quiere regalar, *Sin romper el silencio*, donde están sus

palabras de agradecimiento por el Premio Pablo Neruda. Le quedan dos ejemplares. Quiere que yo tenga uno. Me miras y me dices (casi no puedo entenderte): "Ráscame la espalda". Me acerco y lo hago. Cierras los ojos. Descansas. Entre el comer unas croquetas de pollo y el rascarte la espalda se deslizaron, fueron, catorce años de amistad. Catorce años de mi vida. Los conocí en ese evento dedicado a los 30 años de *Paradiso*. Al año siguiente, Betanita, la nieta de Catalina, la hija de Miguelito, la sobrina de Betania, me llevó un día a tu casa, en Línea y Paseo.

Fue una tarde maravillosa en la que la conversación fue como un río. Y desde entonces siempre, todos los años, sin falta, una o dos veces, en cada viaje, ya no recuerdo cuántos son, había una tarde reservada, siempre después de las cuatro, en la que nos encontrábamos los tres y seguíamos conversando. De todo y de nada. De la vida y el tiempo. De las luces y las sombras. De la revolución. De José Martí. De las decisiones. Fina y tú, tú y Fina, "Cinfin", como me firmaste en alguna dedicatoria, son para mí el testimonio (palabra querida para ti) de honestidad, claridad, fidelidad y consecuencia a un destino. Amor a la vida y a la Patria, a esa opción "con los pobres de la tierra". En la sala, en el estudio, en el comedor fueron nuestros momentos. Charlas siempre largas, a veces acompañadas por un vino o un jugo o un cake o un chocolate o una panetela o un helado,

donde jamás, nunca, me hicieron, hiciste sentir un extraño. No importaba que fueras cuarenta y ocho años mayor que yo. Nunca fuimos ajenos: siempre nos miramos a los ojos y conversamos como conversan los amigos, sin importar la distancia ni el tiempo, porque siempre “decíamos ayer”. El tiempo para nosotros era un espacio para habitar. Cuando menos lo pensábamos ya el sol se había ido y, no puede ser, ya la noche nos convocaba. Un poema tuyo siempre me acompañó, “Cuánto diera”, del libro *Poemas de mayo y junio*:

*No quiero irme sin dejar pasado
en limpio este confuso borrador,
sin corregir el minucioso error
que en sueños me ha tenido desvelado.*

*Me martiriza el inconcluso estado
de todo lo que hice en el hervor
de los días que fueron, y el terror
de no acabar lo que ya está acabado.*

*Cuánto diera por terminar mi vida
como los árboles que tan serenos
se desploman por toda despedida.*

*Mas algo siempre en mí echo de menos;
en algún sitio algo se me olvida;
mis vacíos, de enmiendas están llenos.*

Haces, hacen, parte de mi vida, de esa que camina todos los días y se enfrenta a las circunstancias. No puedo decir muchas cosas Cintio en este momento. Sólo que agradezco el haber

podido conocerte y ser tu amigo. Porque eso fuimos, eso somos. Martianamente amigos, que es decirlo y serlo todo. [Bogotá, 2 de octubre de 2009]

Mercedes Sosa (por: Rubén-Darío Flórez A., secretario general PEN-Colombia). La cantante argentina Mercedes Sosa murió este domingo en las horas de la tarde. Inconfundible, siempre con largos ponchos indígenas y su cabellera de negros mechones rebeldes, expresó en sus canciones una época en América Latina. Sobre su vida y el reconocimiento que recibió como artista, Mercedes Sosa dijo: “Me han dado distinciones y premios no sólo por cantar, ante todo porque soy una mujer que piensa en otros seres humanos y en la injusticia. Siento que de no haber sido así mi destino sería bien diferente.”

En esta época de dominio absoluto de la industria mediática controlada por unos pocos dueños de medios parece impensable un artista como ella.

Mercedes Sosa fue una mujer que sintió y creó una conexión que hoy parece extraña, entre el arte del canto, la esperanza de cambio y la libertad de decirlo sin tapujos. Esta forma de decir, en su caso de cantar pensando, fue al mismo tiempo un contenido con el encanto del arte de su voz grave. No hipnotizaba, despertaba ideas llenas de emoción.

Su voz supo traducir con los medios del folklore y de la poesía, la ternura

rebelde y la rabia de las mujeres que decidieron apartarse del destino señalado por la sociedad patriarcal y autoritaria de América Latina.

Su canto comunicó a multitudes en muchos países de América Latina y en los países latinos de Europa, Francia y España, la poesía de la escritora chilena Violeta Parra.

Es un clásico de la canción popular su conmovedora interpretación sobre el suicidio de la poeta Alfonsina Storni. ¿Quién no sabe de memoria el comienzo de esta canción?

“Por la blanca arena que lame el mar, su pequeña huella no vuelve más...”

En el caso de Mercedes Sosa su huella hace parte de la historia cultural de América Latina y de la cultura popular urbana del continente.

En parte con su manera de comportarse en público diciendo sin pensar en la corrección y mostrando una conducta de mujer nada dispuesta a doblegarse, se convirtió en ícono de la cultura popular y de las luchas de las mujeres del continente.

Mercedes Sosa se queda en el mismo lugar que Carlos Gardel, Chico Buarque y Chavela Vargas, venidos de la periferia de las ciudades para trastornar los lugares comunes y la sensibilidad.

Hemos recibido... “Umbral de la palabra”, poemario de la Académica

de la Lengua y profesora Cecilia Balcázar de Bucher (Ed. Universidad EAFIT, Medellín 2008); “Árboles de leche y miel”, poemario de Bella-Clara Ventura (Ed. Amisrael Colombia Editores, Bogotá 2009); “Permanencia”, poemario de César Bisso (Ed. Juglaría, Rosario, Argentina, 2009); el libro de ensayos “Los trabajos de Orfeo – Experiencia y lenguaje de la poesía”, de la eminente escritora y académica Graciela Maturo (Ed. Universidad del Cuyo, EDIUNC, Mendoza, Argentina, 2008); el volumen “Mirada a la Filosofía”, acopio de ensayos de personalidades que fueron o han sido profesores de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas, con motivo de sus primeros cincuenta años de existencia (Ed. Universidad de Caldas, Manizales 2009; editor: profesor Carlos-Alberto Ospina H.); volumen 15 de “Escritores latinoamericanos leo-pienso-opino”, dirigido por Gustavo González-Villanueva, que incluye ensayo “Gloria Guardia. *Libertad en llamas*”, de Cecilia Balcázar de Bucher (Colección: Encuentros mesoamericanos, Serie: Escritores latinoamericanos, Ed. Universidad de Costa Rica, A.C., 2009); “En la cuerda floja”, cuentos de Rodrigo Zuluaga-Gómez (Ed. Manigraf, Manizales 2009); “Félix Henao-Toro: humanista, académico, científico”, compilación de escritos suyos a cargo de Ramiro Henao-Jaramillo (Ed. Espacio Gráfico Comunicaciones, Manizales 2009).

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (N), Marta Traba (N), Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (N), Luciano Mora-Osejo, José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (N), Mirta Negreira-Lucas (N), Bernardo Ramírez (N), Livia González, Matilde Espinosa (N), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (N), Antonio Gallego-Urbe (N), Santiago Moreno G., Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Rodrigo Ramírez-Cardona (N), Norma Velásquez-Garcés, Valentina Marulanda, Luis-Eduardo Mora O. (N), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz, Humberto Mora O., Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-María Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (N), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado, María-Leonor Villada S., María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (N), Jorge Consuegra-Afanador, Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias R., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.



Euclides Valencia M.

Colaboradores

Juan-Manuel Roca (n. 1946). Poeta, narrador, periodista cultural, ensayista colombiano, con galardones nacionales e internacionales. Autor de los siguientes poemarios: "Luna de ciegos" (1975), "Los ladrones nocturnos" (1977), "Señal de cuervos" (1979), "País secreto" (1987), "Ciudadano de la noche" (1989), "Triptico de Comala" (1989), "Pavana con el diablo" (1990), "Luna de ciegos – Antología" (1990), "Monólogos" (1994), "La farmacia del ángel" (1995), "Los cinco entierros de Pessoa" (2001), "Arenga del que sueña" (2002), "Teatro de sombras con César Vallejo" (2002), "Un violín para Chagall" (2003), "La hipótesis de Nadie" (2005), "Cantar de lejanía – Antología personal" (2005), "Testamentos" (2008), "Biblia de pobres" (2009). En ensayo es autor de; "Prosa reunida" (1993), "Museo de encuentros" (1995) y "Cartógrafa memoria – Ensayos en torno a la poesía" (2003); en cuento: "Las plagas secretas y otros cuentos" (2001), y en novela: "Esa maldita costumbre de morir" (2003). Durante diez años dirigió el suplemento literario/cultural "Magazin Dominical" de "El Espectador". Premio Nacional de Cuento Universidad de Antioquia (2000); Premio Nacional de Poesía (2004); Premio Casa de las Américas de Poesía José Lezama Lima (2007); Premio Casa de América de Poesía Americana (2009).

Rosa Lentini (Barcelona, 1957). Poeta, traductora, crítica y co-editora de Ediciones Igitur junto a Ricardo Cano Gaviria. Miembro fundador de las revistas *Asimetría* (1986-88) y *Hora de Poesía* (1979-95), de la que fue su directora. Poemarios: *La noche es una voz soñada* (1994), *Cuaderno de Egipto* (2000), *El sur hacia mí* (2001), *Las cuatro rosas* (2002), *El veneno y la piedra* (2005) y *Transparencias* (2006). Parte de sus poemas han sido traducidos al inglés, italiano, francés, catalán, rumano y portugués.

Ha traducido, entre otros, a Pierre Reverdy, los poetas catalanes Joan Perucho y Rosa Leveroni, a May Swenson, Denise Levertov, Maxine Kumin, Adrienne Rich, Linda Pastan, Lucille Clifton, Carolyn Forché, Sharon Olds, y la poesía reunida de Djuna Barnes, algunos de ellos en colaboración. Como seleccionadora es responsable de antologías de Carlos Edmundo de Ory y de Javier Lentini. Y

junto a Concha García, del número monográfico de la revista *Ficciones: Barcelona: 25 años de poesía en lengua española*. Ha realizado con Francisco Rico la antología *Mil años de poesía europea* (Editorial Backlist, 2009). Concibió y coordinó el ciclo de poesía “Martes poéticos” en la Casa del Libro de Barcelona en el período 2000-2005.

Rubén Sierra-Mejía. Nació en Salamina (Caldas, Col.), el 12 de julio de 1937. Estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá), y estudios de postgrado en la Universität München (Alemania). Profesor de las universidades de Caldas (Manizales), del Valle (Cali), Andes (Bogotá) y Nacional de Colombia (Bogotá). Jubilado de la Universidad Nacional de Colombia (1992). Profesor invitado en la Universidad Simón Bolívar (Caracas, 1993). Catedrático de la Universidad de los Andes desde 1998. Director de la Biblioteca Nacional de Colombia (1988-1991). Profesor y conferenciante invitado en algunas universidades: Venezuela, México, España, Austria... Profesor Emérito y Honorario de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor *Honoris-causa* de la Universidad del Valle y de la Universidad de Caldas. Director de la revista de filosofía *Ideas y Valores* (1976-1986). Director de la *Revista de la Universidad Nacional de Colombia* (1985-1987). Director de la revista *Gaceta* (1992-1996). Autor de los siguientes libros: *Ensayos filosóficos* (1978); *Epiménides, el mentiroso* (Selección, traducción y prólogo, 1980); *La filosofía en Colombia* (1985); *La responsabilidad social del escritor* (1987); *Apreciación de la filosofía analítica* (1987); *Carlos Arturo Torres* (1989); *La época de la crisis - Conversaciones con Danilo Cruz Vélez* (1996); *Obras de Carlos-Arturo Torres* (Presentación, prólogo y notas, 2001). Traductor de las siguientes obras: E. Durkheim: *Montesquieu y Rousseau* (1990); G.W. Leibniz: *Tres textos metafísicos* (con prólogo, 1993); J.J. Rousseau: *Ensayo sobre el origen de las lenguas* (con prólogo, 1993); E. Gombrich - D. Eribon: *Lo que nos dice la imagen* (1993); S. Rials et al.: *Los derechos humanos - La Declaración de 1789* (1995); G. Jhonson - J. Symonides: *La Declaración Universal de los Derechos del Hombre* (1995). Ha sido editor, con ensayos suyos incluidos, de las siguientes obras: “Miguel-Antonio Caro y la cultura de su época” (2002), “La filosofía y la crisis colombiana” (2002), “El radicalismo colombiano del siglo XIX” (2006), “La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas” (2008), “República Liberal: sociedad y cultura” (2009).

Alfredo Chacón (n. 1937). Poeta y ensayista venezolano, con estudios de Sociología y Antropología en la Universidad Central de Venezuela y en el Instituto de Etnología de París. Profesor universitario. Autor en poesía de: "Saloma", "Entre afueras y centros", "Materia bruta", "Actos personales", "Acta del presagio", "Decir como es deseado", "Palabras asaltantes", "Y todo lo demás", "Por decir así"..., "Et ce qui reste – Y todo lo demás" (edición bilingüe, 2008). En prosa y antologías temáticas: "Curiepe", "Ensayos de crítica cultural (1964-1981)", "La pasión literaria (1959-1985)", "La voz y la palabra", "Lecturas de poesía venezolana (1958-1968)", "Poesía y poética del Grupo Orígenes" (selección, prólogo, cronología, bibliografía). En el 2005 se publicaron tres volúmenes suyos: "Lecturas de poesía", "Cuatro décadas de crítica cultural" y "La pasión literaria".

Ricardo Cano-Gaviria. Narrador y ensayista, nació en Medellín (Colombia) en 1946, y vive en España desde 1970. Codirigió durante varios años la recientemente desaparecida revista española, Hora de Poesía, con su mujer, Rosa Lentini, con quien cofundó en 1997 Ediciones Igitur. Libros de narrativa *El Prytaneum* (novela, Bogotá, 1981); *Las ciento veinte jornadas de Bouvard y Pécuchet* (Barcelona, 1982); *En busca del Moloch* (relatos, Bogotá, 1989); *El Pasajero Walter Benjamin* (novela, Pamplona 1989; Monte Ávila, 1993, Ediciones Igitur, 2000, Universidad de Caldas 2009); *Una lección de abismo* (novela, Versal, Barcelona, 1991, Alfaguara, Bogotá, 2001); *El hombre que rezó a Baudelaire* (relatos, 2007). Libros de ensayo y biografías: *El Buitre y el Ave Fénix, conversaciones con Mario Vargas Llosa* (ensayo y diálogo, Anagrama, Barcelona, 1972); *Acusados: Flaubert y Baudelaire* (ensayo, Muchnik editores, Barcelona, 1984); *La vida en clave de sombra de José Asunción Silva* (biografía, Monte Ávila Editores, 1992). Premios literarios: Premio Navarra de Novela 1988 (España) por *El pasajero Walter Benjamin*; Premio Nacional del libro Pedro Gómez Valderrama (a la mejor novela colombiana publicada en el quinquenio 1988-92) por *Una lección de abismo*. Está por aparecer su novela: *En una selva oscura*.

Darío Valencia-Restrepo. Ingeniero Civil, Profesor Titular y Emérito, Doctor h.c. de la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado trabajos científicos,

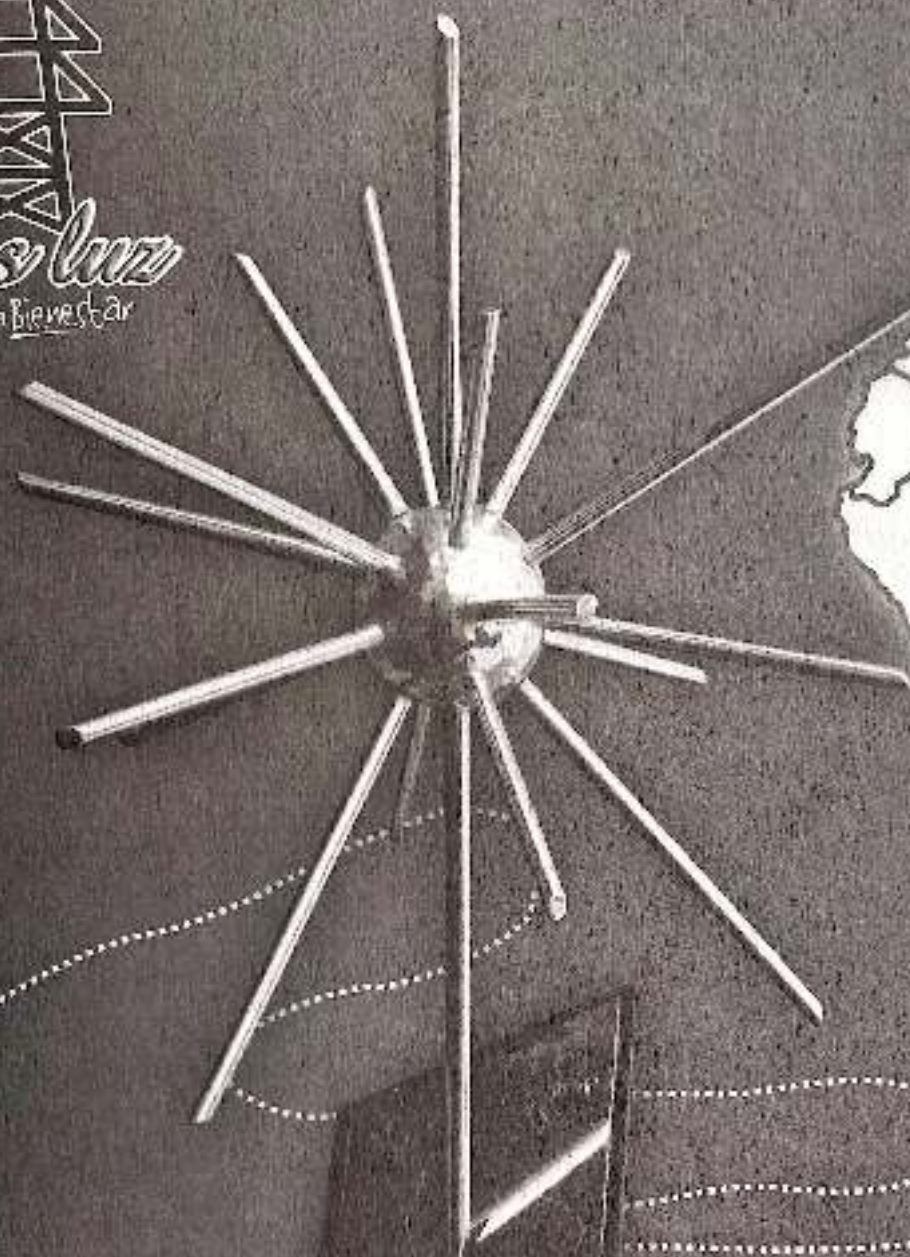
técnicos, humanísticos y artículos periódicos de opinión en diarios. Tuvo desempeños como rector de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Nacional de Colombia, como también gerente general de las Empresas Públicas de Medellín. Obras: “Hacia un proyecto de Universidad” (1983), “La formalización del pensamiento ajedrecístico” (1985), “La cuestión energética en Antioquia” (1989-1990), “Un programa para el apoyo del doctorado en ingeniería en Antioquia” (1998), “Notas sobre la vida y obra de Bach” (2000, 2001), “La educación en ingeniería” (2004), “Ciclo de cine” (programación y textos, “Tertulia Divertimento” 2003/2004), “Viaje en el tiempo” (escritos de prensa, 2004).

Heriberto Santacruz-Ibarra. Profesor de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas, con Maestría en la Universidad de Antioquia y estudios de Doctorado en la Universidad de Málaga (España). Investigador en áreas de filosofía moral y ciencia política, con número significativo de ensayos publicados.

Lia Master. Antropóloga de la Universidad de Antioquia. Escritora en el género del cuento y el relato, también como crítica de cine. Docente de idiomas, con residencia en Tel-Aviv.

Euclides Valencia-Molina. Ingeniero Agrónomo, con experiencia en la docencia y en la gestión empresarial. Dibujante y pintor por afición, con estudios en talleres privados, y algunas exposiciones colectivas, una individual en el Museo de la Ciencia Samoga (Universidad Nacional, Manizales). Las ilustraciones de carátula e interiores son suyas.

CHEC
65 años luz
Energía que genera bienestar



Ubique su mano en la línea punteada
y vea como se ve recibiendo este premio,
que también es suyo



Premio CIER 2009



Premio CIER 2008

CHEC 2 años consecutivos ocupando el segundo lugar en Latinoamérica

en la encuesta de satisfacción del cliente CIER 2009, entre 52 empresas de 13 países de menos de 500.000 clientes

Categorías evaluadas: Suministro de energía - Información y comunicación - Imagen - Factura de energía - Atención al cliente - Alumbrado público - Responsabilidad Social

NUESTRO CIELO SE LLENA DE PROGRESO

Cuidémoslo, el



Cable Aéreo
M A N I Z A L E S

nos mueve



Monólogo de José-Asunción Silva/ Poema en manuscrito autógrafa <i>/Juan-Manuel Roca/</i>	1
Política y cultura en la República Liberal <i>/Rubén Sierra-Mejía/</i>	3
Página en blanco <i>/Ricardo Cano-Gaviria/</i>	32
Mapas / Poema en manuscrito autógrafa <i>/Rosa Lentini/</i>	40
Las dos culturas <i>/Darío Valencia-Restrepo/</i>	41
Henri Meschonnic: Un paso hacia H.M.; Entre un poema y la poesía; Poemas de H.M. <i>/Alfredo Chacón/</i>	46
El embeleco del "estado de opinión" <i>/Heriberto Santacruz-Ibarra/</i>	53
Historias de Tel-Aviv <i>/Lia Master/</i>	61
NOTAS	
/Lectura, escritura y libertad de expresión en las Américas (por: <i>Rubén-Darío Flórez A.</i>)/ Cinfin (en memoria de Cintio Vintier; por: <i>Álvaro Castillo-Granada</i>)/ Mercedes Sosa (por: <i>Rubén-Darío Flórez A.</i>)/ Hemos recibido... / Patronato histórico de la Revista/	68
Colaboradores	75